

La Esfera

16 Junio 1917

Año IV.—Núm. 181

ILUSTRACION MUNDIAL



UN TALLER DE HILANDERAS, cuadro de Díaz Olano, que figura en la actual Exposición Nacional

DE LA VIDA QUE PASA □ LAS SUPERSTICIONES DE LAS TRINCHERAS



Soldados de Caballería inglesa conversando durante un alto en la marcha

FOT. TRAMPUS

GUILLERMO Apollinaire ha contado en el *Mercurio de Francia* algunas de las supersticiones de las trincheras. ¿Quién es Guillermo Apollinaire? Muchos de los lectores lo sabrán. Para los que no lo sepan diré que es un literato y erudito francés, colaborador asiduo del *Mercurio*, la revista joven por excelencia de Francia, aunque ha muchos años que se publica, pues la juventud espiritual no está en los años, sino en la originalidad, en la lozanía y en la capacidad para apreciar lo nuevo. La sección que cultivaba en el *Mercurio* Apollinaire, *La vie anecdotique*, explica bien que se haya dedicado a recoger las supersticiones de los soldados. Las supersticiones se traducen en anécdotas, en casos que corren de boca en boca y que entran a formar parte del nuevo caudal folklórico, de lenguaje, de creencias, de preocupaciones populares que está creando el contacto de tantas gentes de provincias y naciones diferentes, en los campos de batalla.

Estas supersticiones de la guerra no las ha aprendido Guillermo Apollinaire tranquilamente en su biblioteca, por cartas de amigos, sino sobre el terreno, alternando con los *poilus*, y no como investigador de curiosidades, sino como compañero de armas, cabo o sargento de artillería, si mal no recuerdo. En el admirable esfuerzo de Francia, que iguala a las jornadas épicas de la Revolución y asombra a los mismos enemigos, que la juzgaban una nación decadente o corrompida, Bizancio o Roma, presa de los bárbaros, todo el mundo ha ido a la guerra, hasta los hombres pacíficos acostumbrados al silencio de las bibliotecas y a la muda conversación con los libros. El *emboscado* es objeto de desprecio. Las letras han dado ya su copiosa contribución de sangre en los campos de la Champaña, del Artois, de Lorena.

Las supersticiones de las trincheras son, generalmente, augurios de muerte, cosas que traen mala sombra y que es preciso evitar. La muerte está presente y próxima, a todas horas, entre los combatientes; circula entre ellos. A cada instante puede poner en la frente de un hombre joven y lleno de vida el ósculo frío de sus desposorio. No es extraño que las nuevas supersticiones militares se refieran a la Muerte.

Una de las más extendidas es la de la cerilla de los tres cigarrillos. Hay que guardarse de que una cerilla sirva para encender sucesivamente tres cigarrillos: uno de los fumadores perecerá en breve. Se refieren casos de despreocupación o de descuido que fueron seguidos infaliblemente del fatal desenlace. Hombres consagrados al peligro, prevenidos por la cultura muchos de ellos contra estas invasiones del viejo temblor supersticioso, han de experimentar muchas veces la tentación de desafiar la amenaza del augurio. Es fácil figurarse la escena. En un momento de descanso tres oficiales se disponen a encender el cigarrillo que quizá les ha enviado una madrina desconocida. «Tira esa cerilla—dice uno de ellos al tercero—; ¿no ves que hemos encendido ya dos?» El que habla así ha salido del pueblo, vino de las campiñas de la Normandía, o de la Borgoña, y la guerra, que ha devorado las oficialidades profesionales y creado una oficialidad nueva, democrática, como la de los ejércitos de la Revolución, le ha hecho teniente o capitán. El tercero es un muchacho joven, educado, un politécnico o un saintcyrien, un oficial de Academia. Va a tirar la cerilla. Pero en seguida piensa que será una muestra de pusilanimidad, de preocupación. «¡Bah! ¿Quién cree en esas cosas?», dice, y enciende reposadamente el pitillo, apurando la cerilla hasta el fin. A la noche siguiente, o al otro día, el joven oficial, en un reconocimiento, cae muerto, con un balazo en la frente. Sus dos compañeros, al saberlo, se miran graves, y el cuento corre por la compañía y por el batallón y consolida aquella creencia, que nadie sabe de dónde vino.

Otra superstición muy extendida es la del *autobús*. Esta pertenece al dominio de los Sueños, dilatada provincia del reino de la Superstición. Cuando un soldado sueña con un *autobús*, con un automóvil grande de viajeros, es señal de que va a morir en breve. Hay quien no ha visto nunca un *autobús*, por venir de los campos, y, sin embargo, sueña con él o con algo parecido. A veces, la imagen del ensueño es confusa, deja dudas sobre si será el *autobús* misterioso o será otro camión, acaso un *tanque* guerrero, y es gran descanso para el soldadito que ha soñado, que algún buen amigo a quien se confió, le convenza de que lo que ha visto en sueños no ha sido un *autobús*.

El catálogo de las supersticiones de la guerra y su cotejo con el folklore anterior de las diversas regiones de Francia y de las otras naciones que pelean a su lado, sería curioso. En cuanto a la formación de esas supersticiones, brinda materia para un estudio interesante. El ambiente moral y hasta fisiológico de la guerra es propicio para la superstición, como para todas las reacciones primitivas: los nervios están excitados, el sueño es irregular y, a veces, insuficiente; las fuerzas psíquicas están en tensión. En la superstición, como en todas las cosas, el origen es misterioso y oscuro.

¿Cómo nace? ¿Quién fué el primero que creyó que era de mal agüero encender con la misma cerilla tres cigarrillos, y por qué? Después de este momento, la marcha de la superstición se ilumina y se ofrece a la observación. La superstición es una cosa que se cree por muchos, que circula con la autoridad de un convencimiento, irrazonado, pero general. «Dicen que...» «Cuando lo dicen...» Luego viene la comprobación de la experiencia. Se cuentan los casos en que se cumplió el agüero: el soldado muerto que había soñado días antes con el *autobús*; el tercer fumador que sucumbió a poco. ¡Autoridad, experiencia! La ciencia humana se ha construido, durante siglos, sobre estos dos fundamentos de la superstición en las trincheras. Lo que no considera el vulgo ingenuo es que esta experiencia es una experiencia irregular que no registra más que los casos afirmativos, porque son los que hieren las imaginaciones, y que aquella autoridad es irracional y anónima. No hay que sorprenderse de que sean muchos los casos en que la superstición parezca acertar. La muerte es un fenómeno ordinario, constante. Un voluntario norteamericano ha hecho un cálculo humorístico de la vida media probable de un soldado en las trincheras de primera línea, en el servicio de ametralladoras, en la aviación, etcétera. Las cifras son para espantar a una Compañía de Seguros. Dos meses y medio, siete semanas, treinta y tantos días. Y lo maravilloso es el valor sereno con que, el que ha soñado con la muerte, cumple con su deber sin desmayo, como el héroe antiguo que vió alzarse contra él un Hado inflexible.

E. GOMEZ DE BAQUERO

Los misterios de la Luna

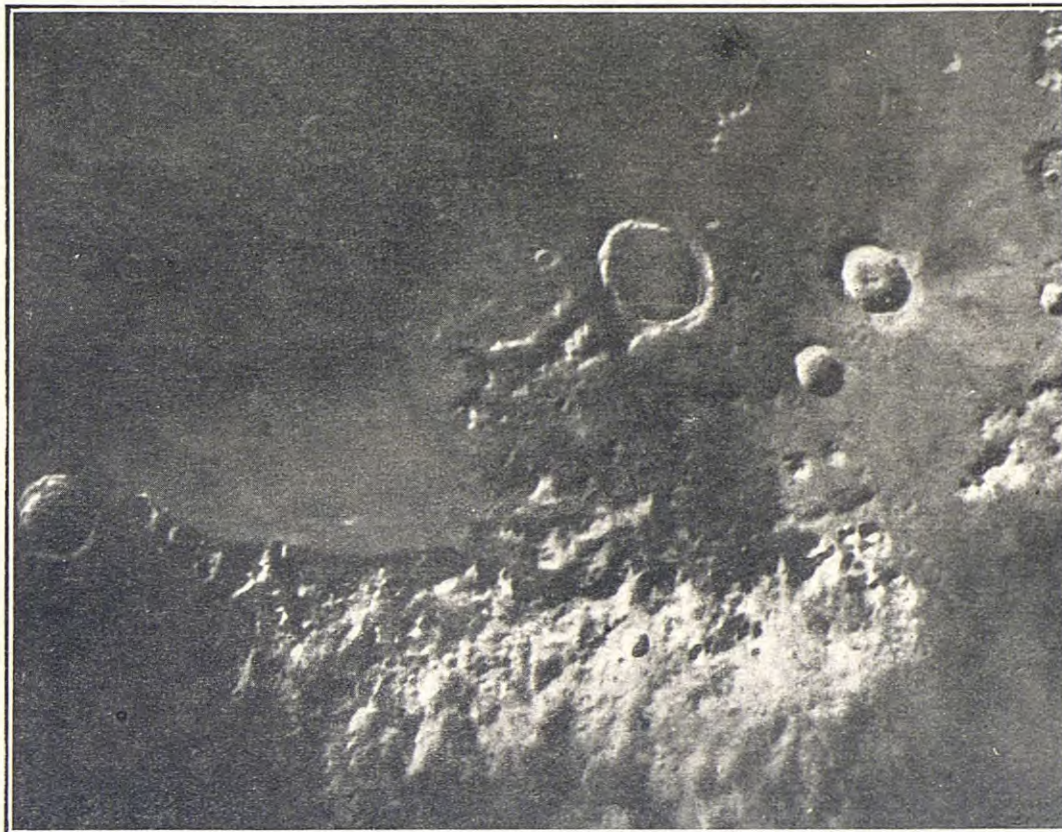
LA parte puramente descriptiva de la geografía lunar es tan conocida de los astrónomos ó más, quizá, que muchas regiones de la Tierra para los geógrafos. En tal concepto, y dada su proximidad, pudiera considerarse como una provincia de nuestro mundo.

El aspecto del suelo en el satélite de la Tierra es extremadamente accidentado. Bien lo muestran los dos grabados que acompañan á estas líneas. Los dos son fieles reproducciones de los clichés obtenidos con la gran ecuatorial de Monte Wilson, en los Estados Unidos de América. En el que se representa la gran cordillera de los Apeninos lunares, enorme macizo con que termina el cuerno superior de los crecientes, se destaca, á la derecha (del grabado), una gran llanura denominada Mar de las Lluvias; á la izquierda, el Mar de la Serenidad, y limitando el macizo montañoso, por la parte superior, el Mar de los Vapores. Más arriba, y á la derecha, comienza el Mar de los Humores.

El segundo grabado representa el borde occidental de los crecientes. En él, y de arriba hacia abajo, en el Mar de la Fecundidad, se destacan, como escollos, los cráteres llamados de Petavio, Vendelino y de Langrenio. Toda la región inferior del grabado la llena la planicie denominada Mar de la Tranquilidad, y por la región superior y de la derecha se dibuja una pequeña ensenada ó rincón, que es el Mar de los Néctares.

Como fácilmente se advierte en ambos grabados, las montañas de la Luna afectan una forma próximamente circular, en cuya región central una nueva depresión se dibuja por modo indubitado. Su forma es de cráteres volcánicos, y, dentro de ellos, se advierte en algunos una nueva elevación ó pequeña montaña. En el de Tycho, son varias las elevaciones del interior del cráter.

Las montañas lunares alcanzan grandes alturas, que se han medido por la longitud de las sombras que proyectan, y que bien se advierten en los grabados. Los montes lunares más altos son los de Seibnitz y Doerfel, que miden, respectivamente, 7.610 y 7.603 metros.



Apeninos lunares y Mar de las Lluvias

Es verdad que en nuestro mundo existen mayores elevaciones del terreno. El pico de Sanrisankan, en la cordillera del Himalaya, se eleva á 8.837 metros sobre el nivel del mar. Y recordando que otro tanto marcan las mayores profundidades del mar, se duplica esta elevación al hacer caso omiso de las aguas, que es como apreciamos la altura de los montes lunares. Pero todavía, habida cuenta de la pequeñez

del astro con relación á nuestro mundo, resultan las de aquél más elevadas, puesto que representan un cuatrocientos setenta avos del diámetro lunar, mientras que las de la Tierra no llegan, ni con mucho, á la milésima parte del diámetro terrestre.

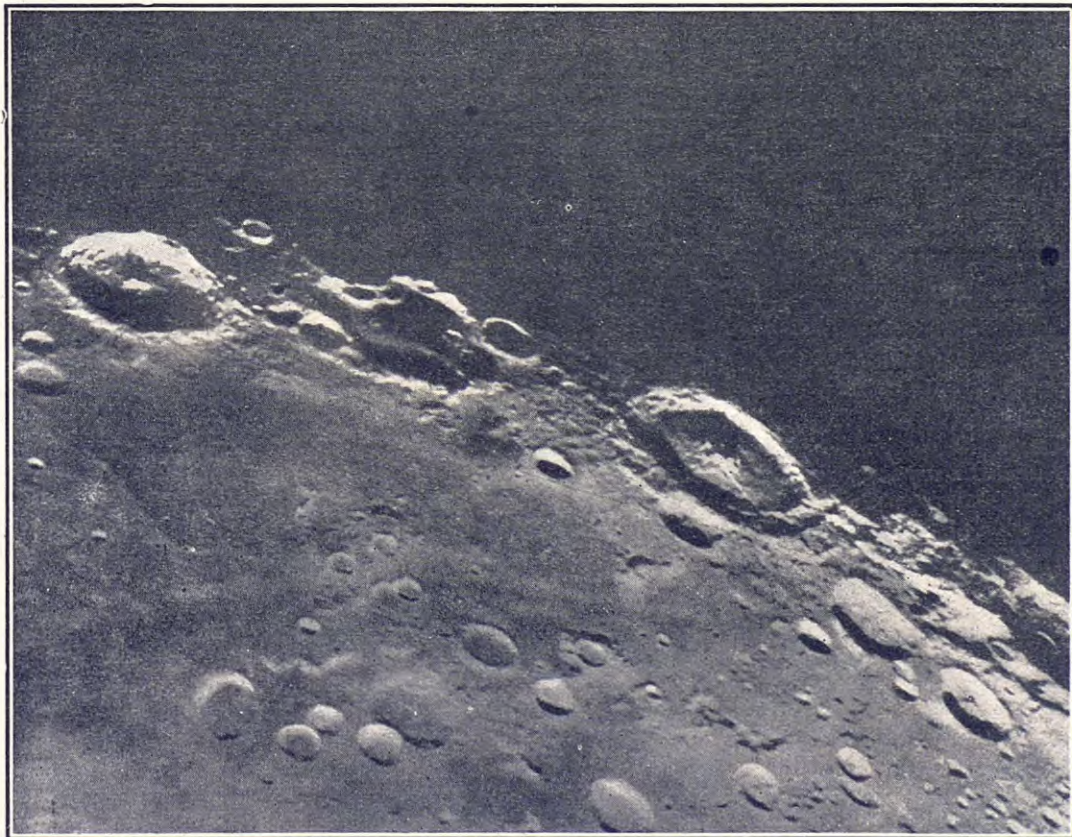
Lo verdaderamente notable de las montañas lunares, y en eso sí que dan enorme ventaja á las terrestres de la misma forma, es la amplitud de los cráteres. El monte Huygens, de los Apeninos, tiene, de borde á borde, unos 210 kilómetros; 200 el llamado Schickard, y 150 el de Petavio, que se representa en el segundo grabado donde aparece el borde occidental de la Luna.

En el grabado que representa los Apeninos lunares bien se advierten las hendeduras que en el paraje representado por la fotografía que nos ocupa se extiende hasta unos 150 kilómetros, en forma de río, cuyos brazos se bifurcan caprichosamente. Son hondas ranuras que aparecen negras en el grabado y que sólo se iluminan cuando la luz solar cae normalmente sobre el suelo é ilumina el fondo de la sima.

Los bordes de los cráteres, donde la luz solar da la sensación del relieve, muéstranse con suave pendiente hacia el exterior, pero derrumbados y cortados á pico en la parte interna. Mirando con lentes esta región, se advierten los escombros que al pie de estas murallas depositaron los enormes cataclismos que, sin duda, tuvieron su asiento en el suelo de la Luna.

De ésta nos llegó la primera luz que había de iluminar el cielo astronómico, antes que la curiosidad científica escudriñara los planetas, primero, y el mundo estelar, después.

Y así como los griegos, para mostrar la rancia estirpe de su progenie, suponían á sus primitivos progenitores nacidos en el Sol, y los de Delfos creían haber llegado á la Tierra después del Diluvio, los naturales de la Arcadia se denominaban á sí mismos *proselenes*, ó nacidos antes que la Luna existiera.



Borde occidental de la Luna y cráteres notables

UN RÉGIMEN



No sé si fué en Pau ó en Biarritz donde encontré, hace pocos años, á la interesante pareja de que voy á hablaros. Ella era una hermosa mujer, elegante, vehemente, que llevaba con gracia infinita sobre los hombros un abrigo de pieles raras, y que cubría su gentil cabeza con los más lindos sombreros que han salido de manos de modista. El era un caballero aburrido, lo que es el mejor estilo de la nueva caballería, que se pasaba la vida fumando cigarrillos egipcios y abriendo la boca. Emblema del tedio, ni siquiera se había enterado de que su mujer era un encanto.

La dama del gentil abrigo me dijo que estaba enferma, y que su esposo lo estaba también. Se amaban, tenían gustos similares: el campo y la música. Eran ricos. Ella había sido educada por una institutriz inglesa. El había estado en un colegio alemán. Conocían varios idiomas. Aficionados á la lectura, coincidían en los autores de su predilección. Si los ángeles, que acaso están destinados por Dios á enlazar varones y hembras de modo que se junten los que deben juntarse, hubieran dedicado sus mejores momentos de trabajo á la santa obra, base de la felicidad social, no dejaran de apuntarse este acierto. La dama movía sobre sus hombros torneados la *pellisse* con inquietud. El caballero tiraba los cigarrillos apenas encendidos. «Mira qué bien dice esto Pierre Loti—exclamaba la señora, pasando el libro á su marido—. No cabe nada más lindo.» Y él recibía el libro, besaba el dedo que se había puesto sobre la línea como un pajarito sobre una flor, y, después de leer, contestaba: «Es bellissimo.»

Y así la vida... Pero aquella dama elegante y hermosa estaba triste. Y aquel caballero elegante y gentil, estaba triste también.

¿Por qué?... Quise saberlo. No me fué difícil. Aquellos esposos estaban separados por un dictamen médico. Situación extraña, pero muy moderna. Ella, la dama de la inquieta *pellisse*, recibía los consejos higiénicos de un especialista famoso. El, el hombre de los bostezos, los recibía de otro. A la señora le había recomendado su médico el régimen del sol. Al caballero le había recomendado su doctor el régimen de la sombra.

Ella debía comer vegetales, beber agua alcalina, tomar té dos veces al día, levantarse tarde, permanecer largas horas tendida en una *longue-chaise*, exponer al fuego del astro del día sus divinos hombros, de modo que fueran ellos tomando un color ambarino. El debía huir de la luz, pasear largamente por los húmedos bosques, comer carne sangrienta, estimulando el torpe apetito con mostaza, beber cerveza negra, bien fermentada, absorber tres tazas de café denso, permanecer de pie todo el tiempo que sus músculos lo consintieran.

Bien comprendió la fina espiritualidad de la esposa que la total divergencia de los regímenes médicos iba á ser una causa de contradicción. Quiso que los dos facultativos se reunieran para ver si había acomodo entre los dos sistemas. No fué posible. Los dos sabios mantuvieron íntegros sus principios, como dos médicos de Molière. Fué preciso resignarse.

El amor buscó soluciones. Seis meses del año la esposa seguiría su plan, y otros seis meses quedarían ambos sometidos al plan del marido. Fué la lucha del sol y de la sombra, trágico tema de las viejas literaturas y de los modernos espíritus.

Pero en el tiempo en que ella estaba privada de su régimen, la enfermedad—ó la imaginación, que es la más grave de las enfermedades—la invadía y los nervios se exaltaban. Las noches de insomnio seguían á los días de excitación. Y cuando el enamorado de los bosques sombríos estaba en el Mediodía de Francia ó en la Cornisa de Italia, sentía los labios secos, los pulmones congestionados, el pulso inquieto, la vista fatigada.

Cruzábanse miradas singulares entre los esposos. El amor los había unido, pero la salud los separaba.

Llegó un día en que se pusieron de acuerdo. Vino la separación científica. Seguían ellos amándose; pero, por lo mismo que se amaban, debían ir á buscar cada uno lo que le hacía falta: él, la sombra; ella, el sol.

Fué una despedida tierna, con lágrimas, con besos. Salieron de la misma estación ferroviaria. El se fué á Escocia. Ella se fué á Niza.

Y así permanecieron largo tiempo. Las cartas menudeaban. «¿Cómo estás? Yo mejoro. El sol me da fuerzas para amarte en un indefinible abrazo de pasión...» «Oigo en esta sombra mágica el ave que canta enamorada, y echo de menos nuestros dúos de amor. Cada día estoy más fuerte. Piensa en el solitario triste que anhela el encuentro con su amada.»

El sol hizo su obra; la sombra hizo la suya. ¿Es tan aburrida la existencia en un sanatorio?... Ella necesitaba comunicar sus impresiones con alguien, y un día, sin darse cuenta exacta de lo que hacía, trasladó el volumen de Loti, que leía, á un joven que estaba cerca, tomando el baño de sol, y le dijo. «¿No le parece que esta frase es encantadora?» El mozo elegante que recibía en su cuerpo los rayos fundentes de la luz solar, miró á la dama, cogió el libro, sobre el que el dedo sonrosado apuntaba la línea favorecida por la atención, y besó ese dedo. Ella le retiró asustada; pero el beso quedó allí, en la carne flébil, aumentando el efecto medicamentoso del régimen.

El amante de la obscuridad halló, en uno de sus paseos, á una dama sueca que vivía en la amargura de sus desilusiones. Leía los poemas de Osian; era, tal vez, la postrera lectora del cantor de Morben. Una tempestad les antecogió en una de sus expediciones por la montaña. El caballero amparó á la dama con sus brazos en el difícil camino. Las manos se unieron. Después se juntaron los labios.

Ya fueron menos frecuentes las cartas entre los esposos. Un año más tarde, sólo se comunicaban ellos por medio de su apoderado. Acabaron por no tener otro vínculo que la cuenta anual de sus rentas, que les era enviada y que ellos firmaban sin mirarla.

Dos almas se habían separado para siempre. Y los médicos que habían originado aquel divorcio siguieron viviendo en la reputación universal. Porque es lo cierto que habían salvado de la muerte á dos enfermos, pero habían separado á dos esposos.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE PENAGOS



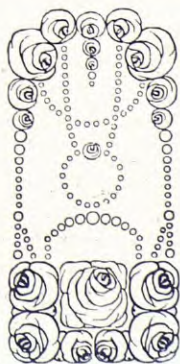
GARRULO DISCUTIR

La razón me lo explica:—«La muerte... ¿qué es la muerte? Transformación somática, mudanza de energías; pasar en un instante de lo activo a lo inerte y dormir confundiendo las noches con los días...»—

La religión me arguye:—«El alma sobrevive: la muerte es pasajera. ¿Por qué te afliges tanto? ¿Tu corazón creyente acaso no percibe un mundo todo lumbre? ¡Ríe, seca tu llanto!

No des a los filósofos materialistas crédito. Compensación de siglos tendrán nuestros tramojos —de un capital andoso al fin seguro rédito...»—

Y mientras oigo, incrédulo, tanto charlar vacío, en la sombra me miran con fijeza unos ojos, unos ojos de acero que acusan y dan frío...!



DIBUJO DE BARTOLOZZI

A LA MUERTE DE UNA ACTRIZ

¡Muerta! Hermosura, juventud, riqueza... son putrefacta rigidez. Su boca —de agri dulce frescura de cereza— a los gusanos ávidos convoca.

Aplausos de la escena fugitivos que arrullaron tu oído, ya no suenan, y los que fueron de tu amor cautivos en inútil llorar se desenfrenan.

Lugar común que siempre se renueva cual Mayo mustio que florece luego: «muerte! De vida la patente prueba.

Saldo ruin de ambiciones y trabajos, ruido vano que truécase en sosiego: una piedra, una cruz y unos hierbajos!

Emilio BOBADILLA
(«Fray Candil»)

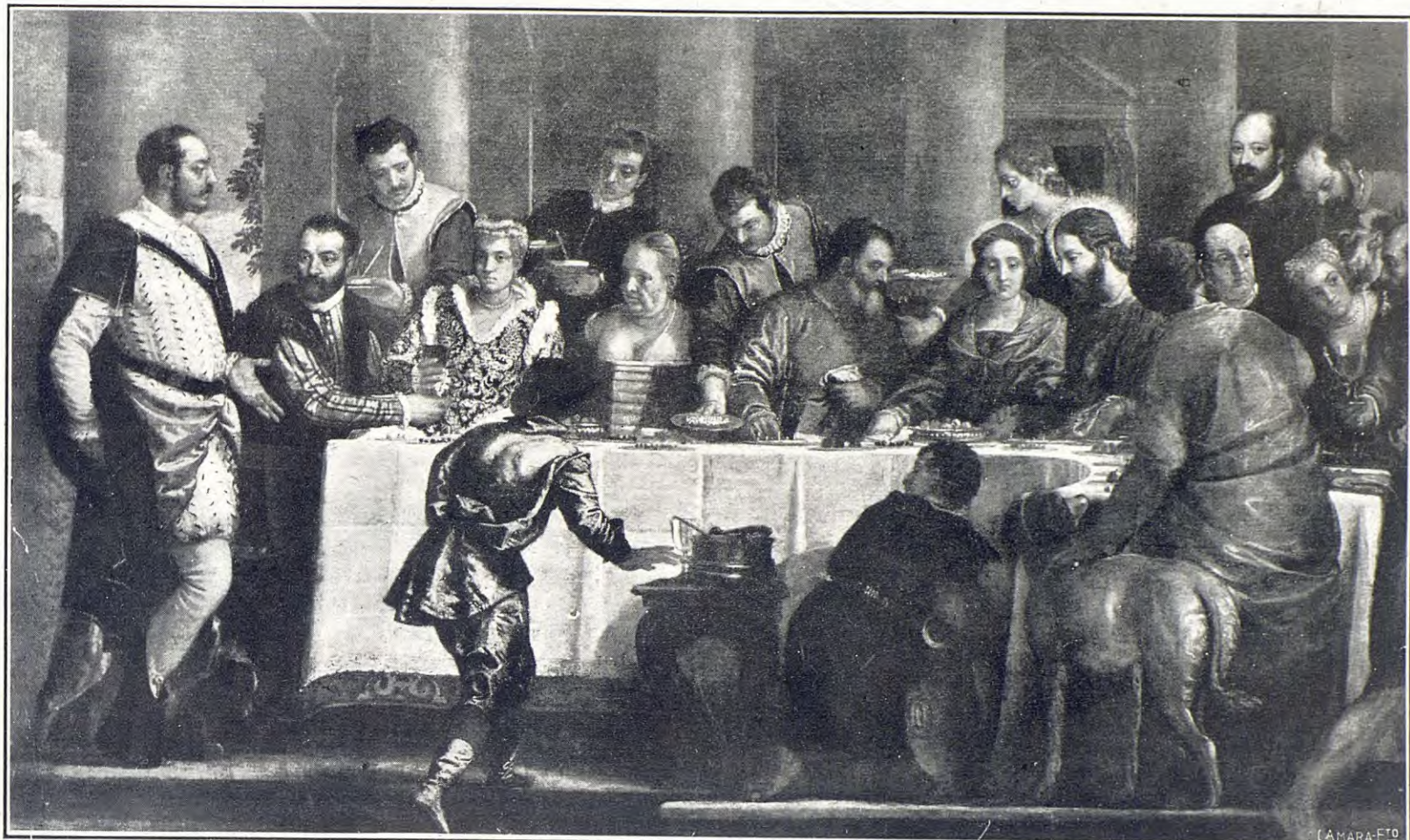
LA PRIMERA VERBENA..



La verbena de San Antonio de la Florida, en tiempos de Goya

DIBUJO DE R. MARÍN

LO GROTESCO EN LA PINTURA



"Jesús en las bodas de Canaán", cuadro de Veronés, que se conserva en el Museo del Prado.—(El bufón apenas si alcanza á la mesa)

Como un volumen de cientos de páginas podría componerse con las razones y aun con las sinrazones que en todo tiempo inclinaron á los artistas á la reproducción ó á la invención de lo grotesco.

Esta inclinación de los grandes artistas por lo grotesco ha dejado huellas en todas las artes; en numerosos cuadros de pintores del siglo XVI y del XVII, aparecen tipos más ó menos extraños. Así la estatuilla egipcia del museo de Boulacq, encontrada en la necrópolis de Sakawah; igualmente la enana, del propio museo, descubierta en un bajo relieve, los enfermos encontrados por Maspero en las pinturas que ornaban las tumbas de los reyes egipcios.

Los egipcios tenían entre sus dioses dos grotescos: el dios Ptah y el dios Bes.

La fábula de los pigmeos ha dejado en el arte antiguo numerosas huellas.

En Roma, la moda de los enanos estuvo muy arraigada.

En la Edad Media raro era que un gran señor no tuviese un enano ó, en su defecto, un bufón.

A partir del Renacimiento, son numerosos los cuadros que reproducen la figura de un rey ó de un príncipe, y á un lado la de un enano contrahecho ó deforme.

Se ve á estos mismos seres en los cuadros que representan un cortejo, un triunfo ó un festín.

En el retrato del conde Thomas Arundel y de su familia (existente en la Pinacoteca de Munich), Rubens pintó un notable tipo de enano de cráneo estrecho, boca enorme, larguísima brazos y piernas cortas.

Van Dyck perpetuó en uno de sus lienzos dos enanos de la Corte de Inglaterra. El primero de ellos, Gilson, volvió á ser pintado por el mismo artista en otro lienzo, en unión de Anne Shepherd, su esposa, enana también y al servicio de la reina Enriqueta María, como Gilson lo estaba al del rey Carlos I. En otra tela, el propio Van Dyck pintó también al segundo enano Jeffrey al lado de la reina.

En el cuadro de Van der Venne titulado *La pesca de las almas*, se ve un enano grotesco con traje muy presuntuoso.

Veronés pintó no pocos de estos desdichados: en las *Bodas de Canaán*, el enano apenas alcanza la altura de la mesa; vestido con suntuoso traje, tiene en la mano un loro; sus piernas arqueadas soportan un abdomen que no lo merece su estatura; el monstruo favorito de Asuero en *El desvanecimiento de Ester*, es hidrocefalo y corto de talla. Los enanos de *Moisés salvado de las aguas*, del Museo del Prado de esta corte, el del *Hallazgo de Moisés* en el Museo de Dresde y el del *Banquete de la casa de Leir*, del Museo de Venecia, prueban que el maestro gustaba mucho de mezclarlos en las

grandes escenas que pintaba, buscando que, por ley de contraste, aparecieran embellecidas las figuras normales.

La escuela española es rica en producciones de este género.

Por lo conocidos, haremos especial mención de los enanos de Velázquez.

En los frescos del Escorial, que reproducen la *Rendición de San Quintín*, Giordano, discípulo de Ribera, pintó un enano guerrero. Carreño de Miranda nos legó la *Monstruosa*.

Uno de los lienzos más bellos de la Escuela holandesa representa al enano Brusquet, famoso enano que brilló y triunfó en la Corte de Enrique IV. Tanto este retrato como el del bufón Pijeron, son dos felices obras de Antonio Moro.

El arte moderno cuenta con pocas obras de esta índole.

¿Se concibe hoy que persona de buen gusto tuviese, como elemento decorativo, en un salón, el retrato de un jorobado astroso, lleno de harapos y de suciedad, vendiendo décimos de lotería ó implorando una limosna?...

La desgracia de aquellos seres deformes en siglos pasados no siempre era tal desgracia, y muchas veces les sirvió para hacer su suerte. Además, á las burlas que habían de sufrir solían replicar con injurias y sarcasmos impunemente.

Hoy, los seres á quienes Naturaleza dió grotesca envoltura, siguen siendo mirados impávidamente por el común de las gentes, por el vulgo grosero y mal educado, con burlona sonrisa, y en cambio, sólo pueden oponer un mohín de resignación.

Por eso el Arte los olvida hoy. Porque el Arte, todo grandeza, sólo inspira á los pinceles para idealizar ó para engrandecer. Y hoy, lo único que el Arte haría reproduciendo sus desmedradas y contrahechas figuras, sería humillarlas.

Y el Arte, si por algo puede atribuírsele esencia divina, es porque engrandece lo humilde, y puesto á escarnecer, sólo escarnece la soberbia.



"Don Antonio, el Inglés", cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

E. GONZÁLEZ FIOI.

CUENTOS ESPAÑOLES



Los viejos de la fábrica

LA dirección de *La Invencible*, antigua fábrica de hilados, transmitíase de padres á hijos, y á ninguno de sus directores se le pasó por el magín introducir reformas en la maquinaria, ni mejorar los procedimientos implantados desde la fundación de la fábrica.

Todo lo cambia y transforma el tiempo, y en nuestra época nada se resiste al incesante y formidable empuje del progreso: otras fábricas, más atentas á la realidad de lo presente que al recuerdo de lo pretérito, adoptaban cuantas innovaciones y adelantos se ofrecían en la Filatura, y sobre aumentar la producción, la mejoraban, abaratándola hasta el punto de hacer imposible la competencia mercantil.

Corriánse inquietantes rumores acerca de *La Invencible*, que, como todo organismo que no se renueva, amenazaba extinguirse por consunción.

Entre los obreros susurrábase que no tardaría mucho tiempo en cerrarse, y al decírselo, se miraban los unos á los otros, asomando á sus pupilas la vislumbre de una inquietud angustiosa que resultaba trágica en los más viejos, que habían entrado casi niños en la casa. ¿En qué otra iban á recibirlos, hechos ya unos guñapos, torpones, decrépitos, inútiles para el trabajo?...

La gente moza acogía el pavoroso runrún sin tanta emoción ni sobresalto. Tenían plena con-

fianza en lo porvenir: eran fuertes, ágiles, y fácilmente encontrarían otro acomodo, tal vez más ventajoso...

Pero, los viejos...

¡Qué terrible desilusión la suya al ver desvanecerse, al soplo de la fatalidad, las fundadas esperanzas que pusieron en acabar sus días en la misma casa donde trabajaron siempre, y que el sueño del cual no se despierta nunca lo acompañara la canción de aquella maquinaria, como ellos vieja y caduca que, durante años y años, toda la vida, sonó claramente en sus oídos como el cantar de un camarada bullicioso.

Conformes en que había en esto una nota sentimental, ¿quién lo duda?... El cariño, la gratitud hacia el sitio en que ganaron su pan y el de los suyos, originaba estas románticas imaginaciones en los de sensibilidad tierna; pero todos los viejos preguntábanse con voz lacrimosa:

«¿Qué va á ser de nosotros si cierran la fábrica?...»

Anteveían la amargura de tener que vivir á expensas de sus hijos, de sus nueros ó yernos, gente ruda, que carecía de la delicadeza de alma precisa para saber callarse el bien que se hace al prójimo; por el contrario, en pregonarlo á todos los vientos, ponderando la merced que otorga

y el sacrificio que se impone, encuentra inefable satisfacción.

Los que no contaban con parentela ó vivían solos, ¡á pedir limosna!, ó á morirse, poquito á poco, en el encierro misericordioso, pero frío, como todo lo que ofrece la caridad reglamentada, de un asilo ó de un hospital.

¡Horroroso!...

ooo

Una tarde visitó la fábrica un *mister* joven, alto, rubio, completamente rasurado, de ojos azules y encendidas mejillas, serio hasta la anti patía, altivo hasta la caricatura.

Acompañábale don Lucas, el dueño de *La Invencible*; despaciosamente íbale enseñando las máquinas y la labor que producían.

El extranjero fijábase en todo con azorante imperturbabilidad, sin que ningún músculo de su cara se contrajera ni sus labios modularan algún sonido.

A su paso, los obreros enmudecían y mirábanle de reojo, con mal disimulada hostilidad, como si presintieran un enemigo.

El corazón no les engañaba: días después de tal visita, al pagarles don Lucas el sábado, les notificó, realmente conmovido, que para evitar el cierre de la fábrica en plazo no muy lejano, habíala vendido á una poderosa Compañía ingle-

sa, cuyo representante, el susodicho *míster*, empezaría á ejercer las funciones de director el lunes inmediato.

El que más y el que menos tenía la mosca á la oreja, es decir, esperaba un notición desagradable á propósito de *La Invencible*, y, sin embargo, todos, al oír á don Lucas, quedáronse estupefactos, anonadados, y al estrechar entre sus manos callosas las suaves y delicadas del que hasta entonces había sido su patrón, y que con sincera cordialidad se despedía de ellos llamándolos sus inolvidables camaradas, no hubo quien no sintiera algo así como si le apretujaran el corazón y la garganta, nublándosele los ojos.

□□□

En aquella tardecita plácida y luminosa, en que el sol, como hostia roja, hundíase entre nubes de oro y de púrpura, tardaron mucho tiempo en llegar á sus lares... Sentían un doloroso azoramiento en volver á sus pobres viviendas, y procuraban retrasar el instante de dar la desconcertadora noticia, junto con el puñado de plata del jornal, á la madre, á la mujer ó á los hijos.

Tal vez fuese este dinero el último que recibieran de *La Invencible*... No había para qué forjarse ilusiones respecto á salir beneficiados con el cambio de patrón, aquel inglesote altanero, frío y antipático que sustituía al buenazo de don Lucas.

Los más pusilánimes formaban grupos y entrábanse en las tabernas para cobrar ánimos; los demás seguían su camino pausada, lentamente, deteniéndose á cada paso, sin cesar en la letanía de tristes presunciones que, adueñándose del espíritu, le anegaban en negrura, poniendo en el alma acongojadora inquietud.

□□□

Reanimóse algo el espíritu de los obreros al advertir que en la primera semana no era despedido ningún compañero, ni el nuevo director opo-

nía el menor reparo á la faena; únicamente encontraban molesta su incesante vigilancia, pues ni un solo momento abandonaba las naves en las horas de trabajo.

El sábado, por la tarde, según costumbre, fué llamado el personal á la Dirección para cobrar la semana.

Terminados los pagos, el *míster*, puesto en pie ante su bufete, se encaró con el grupo que, á instancias suyas, aguardaba en actitud silenciosa, triste, de mortal inquietud, grupo en el que dominaban las cabezas canosas.

Y habló el inglés para manifestarles, en un castellano pintoresco, pero expresado con la frialdad del que relata algo «pro fórmula», que sentía mucho verse obligado á prescindir de los servicios de los bravos luchadores que le escuchaban, especialmente de los que habían encanecido en *La Invencible*. El Consejo de Administración de la Compañía, en cuyo nombre hablaba como su mandatario, ordenábale, precisa y terminantemente, que eliminara cuantos elementos se consideraran inadecuados al nuevo régimen que iba á establecerse en la fábrica, donde se imponían reformas radicales, lo mismo en el personal que en la maquinaria.

□□□

La respetuosa solicitud que el personal en masa dirigió á la Compañía para que volviera á recibir á los obreros despedidos, fué acogida por el joven *míster* con un desdenoso encogimiento de hombros.

Se declaró la huelga, y, por vez primera en más de medio siglo, cesó de resonar en *La Invencible* la canción del trabajo, y las formidables chimeneas rojas no se empenacharon con el denso humo que salía de sus negras bocas.

Los huelguistas estaban decididos á mantener el paro hasta que se aceptara su proposición; era

su arma más poderosa, la que les proporcionaría el triunfo: al defender á los viejos, á los valetudinarios, defendíanse para lo porvenir los jóvenes y vigorosos.

Para tomar acuerdos y mantener la solidaridad necesaria, reuníanse á diario los huelguistas.

Al caluroso entusiasmo de las primeras reuniones, siguióse en las sucesivas el desaliento, la zozobra de hombres en cuyo hogar se acentúan las sombras de la miseria.

En la lucha entablada, el capital acabaría, como siempre, por vencer al trabajo: el dinero, al hombre.

La desoladora realidad imponíase aún á los más rebeldes y optimistas, que veían descorazonados, con rabia y angustia, que se habían lanzado al combate con espadas de caña, mientras que las del enemigo eran de acero.

Decididos á apelar al último recurso, á solicitar el laudo que, encubriendo decorosamente la derrota, les libraba de la insostenible situación en que se encontraban, supieron, por conducto fidedigno, que la Compañía enviaba un centenar de obreros ingleses para reemplazar á los huelguistas.

—¡Menuda luminaria les espera!—murmuró sombría y enigmáticamente uno de los más levantiscos.

La fábrica ardía por sus cuatro costados.

En la negrura de la noche alzábanse, imponentes y terribles, las llamas; á su roja claridad veíase á la muchedumbre trabajar afanosamente para dominar el horroroso siniestro.

Entre los que luchaban más ahincadamente hallábanse los obreros viejos que, con lágrimas en los ojos, ponían en salvar *La Invencible* el mismo amoroso anhelo que en salvar á una hija.

ALEJANDRO LARRUBIERA

DIBUJOS DE DHOY



UN GRAN AMOR



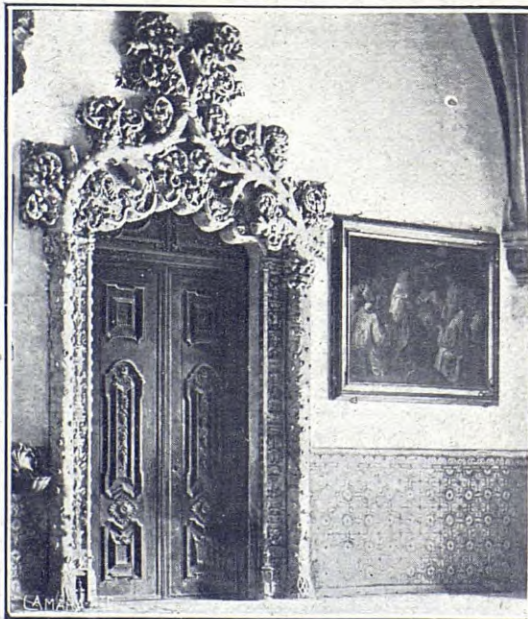
Vista del monasterio de Santa María de Alcobaça (Portugal)

La figura de Inés de Castro es de esas figuras románticas que viven al través de los siglos y que ejercen sobre nosotros una sugestión extraordinaria, para llegar á hacérsenos familiares. Es este prestigio, más que de seres reales, de los héroes legitimados por la leyenda. Para nosotros, vive Hamlet en Dinamarca; vemos á Cuasimodo en Notre Dame de París; en Toledo hace risueño el ambiente sombrío la imagen de perdición de Florinda, y en los campos de Castilla se escucha siempre el cabalgar de la mesnada del Cid.

En Portugal es la figura de Inés de Castro la más poética, la que parece escaparse del marco de la Historia, que inmoviliza las figuras como en una larga fila de retratos de un museo de pintura.

Desde que se entra en Portugal, se recuerda á Inés de Castro como la persona más conocida y familiar que tenemos allí. Inés de Castro, la de las bellas trenzas, debe su celebridad, más que á su hermosura y su desdicha, al amor impetuoso, firme y leal del Rey Don Pedro I, que supo amarla más allá de la muerte. Es la fidelidad de su amante la que coloca á Inés de Castro entre las amantes célebres, como Isabel y Julieta. Si el Rey la hubiera olvidado, su historia hubiese sido una historia vulgar.

Merced á ese gran amor que supo inspirar y



Puerta de la sacristía del monasterio de Santa María de Alcobaça

compartir, la figura de Inés de Castro es de las que conservan el teatro y la novela como fuente de inspiración. Hay en Inés de Castro algo de Doña María de Padilla, la infeliz amante de Don Pedro, *el Cruel*, ó de aquella infortunada judía de Toledo, en la que vengó la multitud su despecho contra el Rey de Castilla. Han sufrido el sino fatal en esa terrible época en que se pretendía arrancar del corazón de los Soberanos el amor para someterlos á la razón de Estado, y en la que se ensangrentaban los tronos con continuos crímenes y fratricidios.

Pobres mujeres, débiles y frágiles, estas amadas de los Monarcas no podían resistir la tempestad de celos y de odios que despertaba su privanza y que las doblaba como débiles cañas, queriendo unos y otros hacerlas instrumentos de su ambición.

En cambio, el pueblo las ha poetizado y las ha conservado, tejiendo á su alrededor las aras de una piadosa tradición, que las mantiene frescas, vivientes, en una renovación continua.

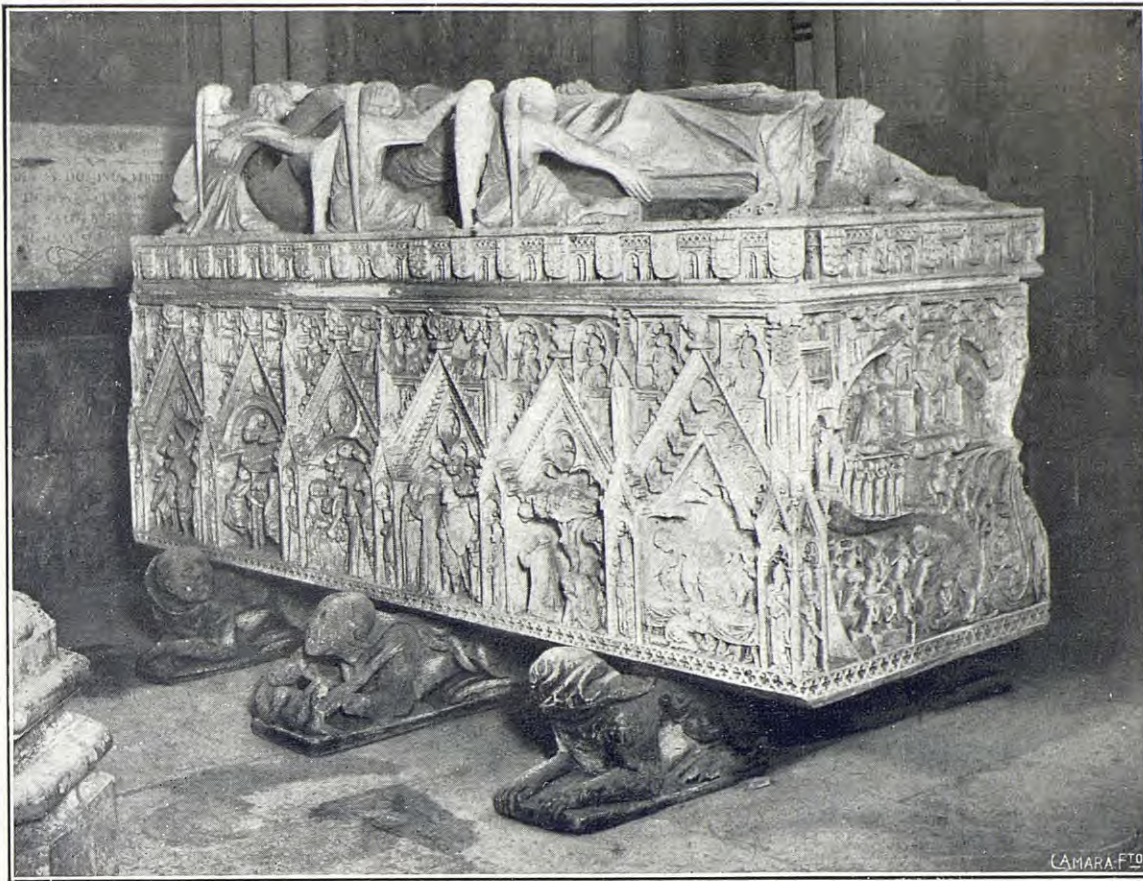
Tal vez por eso se aparece al viajero en Coímbra, la ciudad sapiente y severa, en los bosques de verdura de la «Quinta de las Lágrimas». Se comprende todo el tormento, toda la desesperación de esa alma enamorada entre la placidez, la calma y la poesía, que parecen favorables á la exaltación de los amores. Sin em-

bargo, Inés de Castro fué dichosa; su vida, breve, terminó con toda la ilusión de su delirio, de su confianza, de sus ensueños.

Se ve en esa quinta una pequeña corriente de agua que va del jardín al castillo donde los conjurados retenían a su amante; esa corriente de agua era agua viva, mensajera de amor, que llevaba las tiernas misivas escritas con sangre. Cerca de esa corriente de agua pura, cayó Inés bajo el puñal del asesino, y la tradición dice que las manchas oscuras que hay en la piedra, son de su sangre inocente, que no se ha podido borrar.

Esa leyenda de la sangre, que se conserva a través de los siglos, es de las más conmovedoras. Toma como un valor de voz que grita e implora justicia; en toda gran tradición de asesinados se halla siempre la misma nota. La poesía del lugar cautiva; es quiere conservar la ilusión de que todo permanece allí como en los días de la tragedia; el agua del río, que hace tantos años se perdió en el mar, sigue siendo para nuestra fantasía la misma agua mensajera, y todo, árboles y plantas, permanece inmovilizado.

El triunfo de Don Pedro fué tardío para sus amores. En su desesperación, escribió la página más romántica de todos los amores, haciendo coronar a su esposa muerta y mandando esculpir en su presencia la estatua que la representa sobre su sepulcro en la iglesia de Santa María de Alcobaça, donde también hizo labrar su tumba. Ningún sitio más a propósito para guardar los restos de los dos grandes enamorados. Construida en el siglo XII, esa iglesia tiene toda la encantadora pureza de líneas del gótico primitivo, en el que queda un recuerdo del románico que acaba de substituir. Hay en él una sobriedad severa y grandiosa, a pesar de que más tarde se recarga muchísima ornamentación, y aparecen esos excesos de formas, propios de todas las épocas de decadencia del Arte, entre cuyas recargadas ornamentaciones se pierde la pureza de las líneas y el encanto ingenuo del estilo. Esta iglesia es una de las joyas góticas que existen en nuestra Península, y en sus altares se hallan las muestras de la escultura primitiva portuguesa, con aquellos santos, de tamaño natural, en *terra-cotta* pintada. Como toda gran iglesia de su tiempo, Santa María de



Sepulcro de Doña Inés de Castro, en el monasterio de Santa María de Alcobaça

Alcobaça es un panteón de grandes y de soberanos. Duermen allí los primeros soberanos de Portugal, en sus soberbios sepulcros, y, sin embargo, los únicos que conmueven son los túmulos de los dos amantes. Ante sus sepulturas se legitima la leyenda romántica y se experimenta ese escalofrío de pavor que se siente ante todo lo irremediable. Nuestro sentimiento, aquí como en Coimbra, no se da cuenta de los siglos transcurridos, y sentimos el dolor de la muerte de los amantes, como si aún pudiesen gozar de la existencia. Es un milagro de su mismo amor borrar así la distancia de los siglos y aproximar a nosotros las figuras hasta meterlas dentro de nosotros, como los objetos lejanos que miramos

to. Las líneas del rostro, que ansiamos ver, están rotas; hasta después de muerte la persiguió su destino. Los sepulcros fueron mutilados por los soldados franceses, que se apoderaron del monasterio y de la iglesia a principios del siglo XIX.

Tal vez los profanadores intentarían levantar la losa de esos sepulcros, que guardan las figuras yacentes con su pesantez, y que a mí me parecen dos arcones encantados, dentro de los cuales están vivos los muertos, por un milagro de su amor.

La leyenda dice:

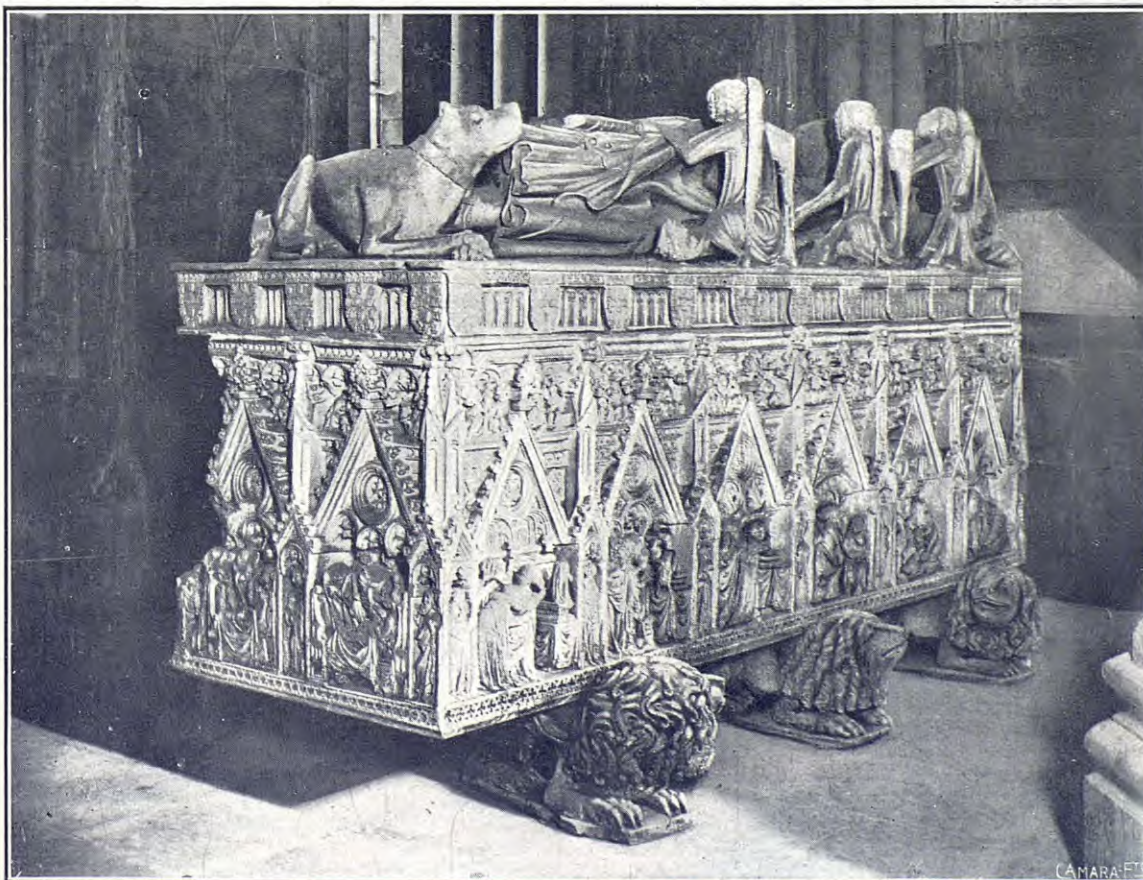
«Están colocados de manera que, al levantarse el día del Juicio final, su primera mirada sea una mirada de amor.»

¿Para qué esperar tanto? Es condenarlos a una tortura el sentirse tan cerca y no poderse ver, y tener que aguardar la resurrección de todos los muertos para su resurrección.

No se ha debido guardar ese pudor que preside en los enterramientos para que no estén en el mismo sepulcro los esposos que tuvieron un solo lecho. Sobra uno de esos túmulos de los amantes, que debieran estar unidos en la muerte como una satisfacción a su desdicha y a su amor. Pero ¿quién sabe?

Quizá en estas noches silenciosas y abandonadas de la iglesia los dos se han unido, se han escapado, y sólo queda aquí esta representación suya, estas arcas de piedra, vacías.

Carmen DE BURGOS
(«Colombine»)



Sepulcro de Don Pedro I, en el monasterio de Santa María de Alcobaça

PÁGINAS POÉTICAS



JARDÍN EVOCADOR

En el jardín solitario
se columpian los rosales,
y es cada encendida flor
un misterioso incensario
con aromas pasionales
que convidan al amor.

○

La linfa de las fontanas
pulidas de mármol blanco

da su armonía al vergel,
y las acacias lozanas
tejen sobre cada banco
un artístico dosel.

○

Mil bellas flores distintas
sirven á una escalinata
de vistoso baldaquín,
y los senderos son cintas

de resplandeciente plata
que dan belleza al jardín.

○

Y todo en el parque umbrío
me recuerda mi ventura
de otro tiempo, y tu beldad,
y el acerbo dolor mío
que con su triste amargura
mató mi felicidad.

Las rosas, tus labios rojos;
los verdes, las fervientes
esperanzas de mi amor;
la luz del cielo, tus ojos,
y la linfa de las fuentes,
mis lágrimas de dolor.

G. GONZÁLEZ DE ZAVALA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LA EXPOSICIÓN FRANCESA
— EN BARCELONA —

LOS TAPICES DE LOS GOBELINOS

No contenta Francia con enviar generosamente á Barcelona los tesoros artísticos de sus Museos y colecciones particulares, y de reunir en un importantísimo Certamen todas aquellas obras que pudieran expresar elocuentemente la evolución del arte francés desde la primera mitad del siglo XIX hasta nuestros días, ha remitido una magnífica colección de tapices del Mobiliario Nacional.

Fastuosa decoración del gran «hall» de entrada y de las galerías altas del Palacio de Bellas Artes barcelonés forman estos tapices, que proceden todos ellos de la manufactura de los Gobelinos, célebre en todo el mundo.

En los muros del «hall» se han colocado los diez de la famosísima serie *Historia del Rey*, por Le Brun, titulados: *La construcción de los Inválidos*, *Bautismo de Monseñor el Delfín*, *Entrevista de Luis XIV y Felipe IV en la Isla de los Faisanes*, *Boda del Rey*, *Renovación del tratado de alianza con los suizos*, *La consagración del Rey*, *La rendición de Marsal*, *Audiencia de Luis XIV al Embajador de España*, *El Rey visitando la manufactura de los Gobelinos*, *Audiencia del Legado*.

En las galerías altas se han colocado los de las series *Saint-Cloud* (Mignard), *Antiguo Testamento* (Carlos y Antonio Coypel) y *Los amores de Psiquis* (Julio Romano).

Los de la serie *Saint-Cloud* son cinco: *La primavera*, *El verano*, *El otoño*, *El invierno* y *El Parnaso*. Otros cinco comprende *El Antiguo Testamento*: *El hijo de Tobías devolviendo la vista á su padre*, *Ester y Asuero*, *Jefé y su hija*, *Susana ante los jueces*, *El Juicio de Salomón*. Por último, los tapices de Julio Romano son dos: *La coronación de Psiquis* y *Danza pastoril*.

Desde luego, la serie más espléndida es la de Le Brun, una de las mejores de tantas admirabilísimas como han salido de los talleres de alto lizo de la «Manufactura real de muebles de la Corona», fundada el año 1662 por Colbert, ministro de Luis XIV, en el edificio propiedad hasta entonces de la familia Gobelin. Y tengase en cuenta que, de los Gobelinos, salieron durante el siglo XVII—el gran siglo del gran rey—series de tanta importancia y subido mérito como *Las actas de los Apóstoles* y *Estancias del Vaticano*, modelos de Rafael; *Los frutos de la guerra*, *Psiquis* y *Serpión*, modelos de Julio Romano; la *Historia de Moisés*, de Poussin; *Los triunfos de los dioses*, *El Antiguo Testamento*, *La Iliada*, la



Renovación del tratado
con Suiza
FOTS, SERRA



Entrevista de Luis XIV y Felipe IV
en la Isla de los Faisanes



La construcción de «Los Inválidos»
(Tapices pertenecientes á la serie «Historia del Rey», por Le Brun)

Historia de Don Quijote, modelos de Antonio y Carlos Coypel, respectivamente, y los *Arabescos*, de Rafael, arreglados por Noel Coypel, el fundador de la familia de artistas de igual apellido.

Pero Carlos Le Brun fué, además del director que impulsara hacia el prestigio y la prosperidad la naciente y noble arte de la tapicería francesa, uno de los pintores que más bellos cartones ha compuesto.

Y en ninguna de las series por él concebidas y compuestas aparece tan él, Carlos Le Brun, como en la *Historia del Rey*.

Conjunto extraordinario y deslumbrador, de episodios, de retratos, de indumentaria, de mobiliario, de costumbres, significan estos tapices, que el tiempo ha dotado

de una incopiable serenidad armoniosa. Vemos, por ejemplo, á nuestros caballeros velazqueños, á nuestras damas del inflado guardainfante en contraste con la elegancia recargada de los cortesanos de Luis XIV, en la famosa entrevista de la Isla de los Faisanes, el año 1660, para concertar el matrimonio de Luis XIV con María Teresa de Austria, infanta de España; vemos á los condes de Fuentes, repitiendo este contraste de siluetas graves y sobrias en el fastigioso portento del palacio de Versalles, presentándose como embajadores de España al Rey Luis XIV, que les recibe rodeado de los altos dignatarios de la Corte en un salón lleno de estatuas, cuadros, tapices y piezas de rica orfebrería.

Y vemos, con profunda melancolía, la consagración del Rey en la catedral de Reims, recibiendo de las manos del obispo de Soissons la corona en una simbólica transmisión del derecho divino. ¡Esta misma catedral, tan bárbaramente mutilada ahora, mientras los descendientes de aquellos franceses del gran siglo se baten de un modo que Van der Meulen, el pomposo, el enamorado de las teatralidades bélicas, no sabría pintar!

Después de la *Historia del Rey*, los demás tapices palidecen y se anulan. Y, sin embargo, tanto la serie de Mignard, como los de Antonio y Carlos Coypel y los dos del discípulo favorito de Rafael, son interesantes, agradables y armoniosos. Tienen aciertos de composición y de colorido, graciosos rimos en los de asunto placido, y no están exentos de pasión conmovedora en los dramáticos; pero es demasiado peligrosa la competencia con los diez prodigios de Carlos Le Brun.



"La fiesta del mar", cuadro de Alvaro Alcalá Galiano

PAISAJES Y MARINAS

SIGNIFICÓ la Nacional de 1915 algo más que la iniciación de un vigoroso renacimiento de la pintura de paisaje en España. De las excelencias positivas que la caracterizaron y que dejaron una consoladora estela de optimismo artístico, fueron los cuadros de paisaje los que mejor y en mayor número contribuyeron a esa excelencia.

Nos felicitamos de ello entonces, nos felicitamos de ello ahora; y, sin embargo...

Vicio endémico de España es el gregarismo. Aun aquellos pintores que desdenaban antes el paisaje, sintieron la tentación de pintarle, y también al amparo de los legítimos triunfos de los verdaderos paisajistas surgieron otros más inferiores, más huérfanos de sensibilidad, más impasibles reflejadores del trozo de Naturaleza que elegían para copiarle. No solamente al amparo oficial de los Certámenes nacionales, sino en esta múltiple serie de exposiciones particulares que ahora hay en Madrid, los paisajistas acusan mayoría. Recientemente había cinco ó seis exposiciones abiertas en diferentes saloncitos, y todas ellas eran de paisajes. Buenos, pocos; interesantes, algunos; vulgares los más, terminaban por angustiarnos un poco y por empujarnos fuera de los saloncitos en busca de los espectáculos reales de la ciudad y de la campiña que encierran a Madrid, embrujada ahora por la primavera en sus coqueteos, demasiado prematuros, con el estío.

En la actual Exposición también abundan los cuadros de paisajes. Pocos se destacan del conjunto. La mayoría completa esta sensación gris, fofa, á ras de tierra, del presente Certamen. No desmienten la notoria inculparción de mediocridad que hasta los elementos más benévolos de la crítica hicieron desde el primer instante.

Hay, claro es, aciertos aislados, tentativas afortunadas, ratificaciones nobles de personalidades ya conocidas. Compensan y consuelan un poco de nuestro desaliento. A ellas nos referiremos seguidamente.

Joaquín Mir presenta—antirreglamentariamente, dicho sea en honor á la verdad—tres cuadros grandes. Han sido colocados en el sitio principal de la sala que pudiéramos llamar de honor por la calidad de las obras y por la colocación, que indica indudables preferencias del Jurado.

A Mir se le ha concedido primera medalla; se le indica, cuando escribo estos comentarios, para la medalla de honor en una re-



"Bellas Vistas (Málaga)", cuadro original de Ricardo Verdugo Landi



"Canal veneciano", cuadro de J. J. Gárate

dundancia de premios que tal vez pueda censurarse, no por lo muy merecidos, sino porque escamotea hábilmente una primera medalla á otro artista, igualmente digno de ella.

Todo esto parece indicar que los envíos de Joaquín Mir son los mejores que ha hecho á Exposiciones Nacionales. Y, sin embargo, yo me permito asegurar lo contrario. Es tal vez el año en que Joaquín Mir queda por debajo de sí mismo. El cuadro premiado es el mejor de los tres; *La ermita roja* es el más vulgar; el titulado *Crepúsculo* es el peor de todos.

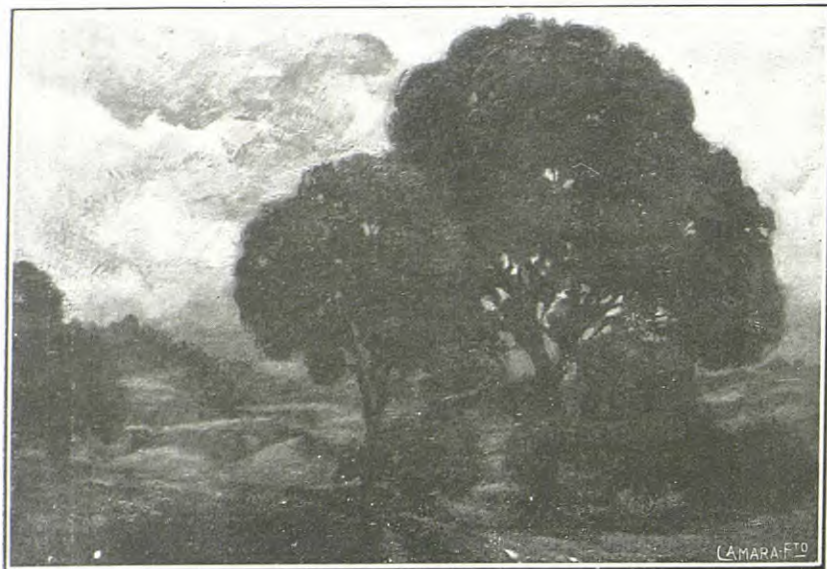
Joaquín Mir ha hecho, en estas obras suyas, concesiones lamentables. Se ha despojado de sus etéreas sutilezas y sus delirios sobrenaturales. ¡Qué lejos aquella floración exuberante—agresiva de tan luminosa—de armonías que maravillaban y suspendían el ánimo en la Nacional de 1908! Inolvidables aquellos lienzos del gran paisajista, nos alentarón de su recuerdo los admirables envíos á la Nacional de 1915. *La encina y la vaca*, por ejemplo, era uno de los cuadros más dotados de genialidad perdurable de nuestra pintura contemporánea. Pero este año, no. Este año Joaquín Mir atraviesa un período de decadencia que deseamos sea momentáneo. Y, sin embargo, es ahora cuando se le premia. ¡Siempre el retraso de las consagraciones oficiales en España!

También suena, al escribir este artículo, el nombre del otro gran paisajista catalán, Santiago Rusiñol, para la medalla de honor. No es la primera vez. Desde 1906 piensa la juventud en otorgársela al maestro que llevó triunfal por toda Europa la pompa florida, la melancolía profunda ó el soleado fastigio de los jardines españoles.

Si justa nos pareciera la medalla de honor en Joaquín Mir, justa nos parecería en Rusiñol. La medalla de honor significa precisamente la recompensa de toda una vida gloriosa, no el premio á un cuadro reciente.

Rusiñol presenta tres cuadros. Son «demasiado suyos» quizá. Quiero decir, que ninguno de ellos tiene aquella impetuosa sorpresa de los *Almendros en flor*, de la Nacional de 1915, y que pusieron una sonrisa de adolescencia fresca, ingenua, en la experta y fecunda madurez del artista. Surge, sin embargo, de entre los demás, *Jardín azul*. Parece del Rusiñol de la primera época por el asunto, por el cromatismo y por la romántica unción. Página, desde luego, muy digna de ser contemplada con ese fervor que siempre contemplamos los cuadros y leímos los libros del autor de *La alegría que pasa*.

A Francisco Lloréns tal vez le han escamoteado una primera medalla, teniendo en cuenta que el criterio del Jurado actual ha significado más reparación de injusticias pretéritas que recono-



"Tormenta", cuadro de Viver



"El castaño", cuadro de Francisco Llorens

cimiento de méritos actuales. Y, sin embargo, estos méritos no faltan a los dos cuadros del ilustre paisajista gallego. Francisco Llorens significa en este género de pintura la modernidad equilibrada junto al refinamiento de la sensibilidad y, dominando esta fusión, profunda sabiduría técnica. Así sus lienzos, además de sugerir emociones íntimas y de causar el externo deleite de bellos aspectos artísticamente elegidos, están bien pintados, con un conocimiento del *metier* que pocos pintores poseen.

Son bien diferentes de asunto y de factura sus dos cuadros de esta Exposición. Acaso prefiramos *El castaño* a *Costas gallegas* por esa feérica y sin embargo realista visión de las lejanías auriverdes como un tapiz de ensueño, vigorosamente recortadas, en un hábil contraste de luces, por el enmarcado de los primeros términos.

Pero también este otro cuadro, *Costas gallegas*, con sus pinos tan decorativos, recortándose sobre el cielo claro y sereno mientras en lo hondo dobla tranquilamente el mar sus ondas de nácar y plata, es en su delicadeza, en la sutilidad de japonesa estampa que tiene, un encanto de cromática y sugestiva belleza.

Ricardo Verdugo Landi ratifica más alta y enérgicamente que nunca su credo de marinista, a quien su forzosa vida en las ciudades del interior no secó el manantial de amor a las playas cálidas del *Mare Nostrum*.

Su cuadro *Bellas Vistas* (Málaga) está construido con arreglo al concepto realista que tiene Verdugo Landi de la pintura. Amplifica, además, su visión y su procedimiento. En el cuadro el marinista y el paisajista se completan con el vigor de los primeros términos y la suavidad y tersura finísima de los últimos.

Ha trabajado, además, la materia con mucha valentía. Tanto los peñascos como el agua, densa y profunda, donde espejean las ocrosas siluetas, están conseguidos con hábiles gruesos de color y experto manejo de la espátula.

Por lo que se refiere a la composición, al reparto de luces y sombras, a la gracia armoniosa del arabesco, la marina que Ricardo Verdugo Landi ha presentado este año es tal vez la mejor de cuan-

tas lleva pintadas el ilustre y laureado marinista.

Viver expone dos paisajes admirables dentro de esa nota grave y de sonoras ondulaciones, peculiar del notable pintor catalán. Prefiero *Inquietud* a *Melancolía*. Claro es que siempre con una relatividad entre dos verdades absolutas. *Inquietud* es un paisaje de severa y grandiosa concepción, de aciertos que tienen extraordinaria rotundez. *Melancolía* es blando, reposado, envuelto en una sutil nostalgia muy conmovedora.

Dos cuadros también expone el paisajista José Robledano: *Laguna de Peñalara* y *La montaña del Aguila*. Serraniego el primero y levantino el segundo, está más conseguido aquél que éste.

Al temperamento del joven paisajista le van mejor las notas frías y dulces que las vigorosas y cálidas. Su *Laguna de Peñalara*, aunque inferior a otros cuadros de Robledano, es una obra bella y cariciosa. Se ve con agrado y se recuerda con emoción. Esto podrá no significar un triunfo de medalla, pero representa otro triunfo más puro sobre la sensibilidad de los que se asoman al arte sin prejuicios y sin cegadoras preferencias.

Raurich, que presenta un formidable, un prodigioso bodegón que ilumina toda la sala donde está colocado, y que podría ser el punto de partida de una larga serie de consideraciones estéticas, expone junto a él un paisaje, ya conocido del Salón del Círculo, y en realidad poco representativo del arte viril, imponente, del gran pintor.

Martínez Vázquez ocupa todo un lienzo de pared con su cuadro *La majada*. Se resiente esta obra de teatralidad, de énfasis, y sobre todo, de impersonalismo. Para pintar como Muñoz Degraín, hay que ser Muñoz Degraín. Véanse, como ejemplo de ello, otros dos cuadros titulados *Mallorca* y *Astillerio en la bahía*, que firma la señorita Flora Castrillo. Así pinta Muñoz Degraín.

Turbonada, de Andrés Larraga, es un acierto positivo, y figura, por derecho propio, en la sala que parece ser la de honor. Sobria y grandiosa la ejecución, recuerda, por su empaque, a los maestros ingleses del siglo XIX. Ha obtenido con pinceles la fuerza vigorosa que obtendrían el buril y el agua-fuerte del grabador.

Murillo Ramos presenta su envío de pensionado. Es un cuadro seco y duro, desprovisto de espontaneidad y abrumado por el inevitable defecto de ser una obra cuyas dimensiones exceden con mucho a la íntima, a la cordial expresión de un espíritu que deben tener los paisajes. Y es doblemente triste que así sea, porque, en apariencia, da la razón al draconiano e intolerable artículo del flamante Reglamento, donde se les niega derecho al premio a los pensionados de Roma. Ese capítulo debe desaparecer, por absurdo; pero, aunque no existiera, por esta vez el Sr. Murillo no habría obtenido recompensa.

Deben citarse además, con elogio, las obras de los Sres. García Lesmes, Galwey, Winthuysen, Ivo Pascual, Corral, Plá, cuyo paisaje *Aragón* es muy interesante y muy característico; Pinto, notable paisajista argentino que, con su cuadro *La sombra en el Calchaquí*, da una nota simpática de modernidad; Gómez Alarcón, que presenta dos lienzos, *Navidad* y *Entre dos luces*, muy bello el primero y muy difícil de valorar bien el segundo; Juan Antonio Fuster, joven mallorquín que, en la sala simpatísima de los avanzados—sala que será objeto de un artículo especial, porque es la más generosa y audaz de todas—, tiene un lienzo, titulado *Almendros floridos*, de un brío angladesco y de una fastuosidad oriental. Florensa, discreto; Vera, menos afortunado en los grandes lienzos que en las notas de pequeñas dimensiones; Domingo Carlos, cuyos cuadros, jugosos, espontáneos, de una profunda densidad espiritual, han indignado a ciertos señores de la crítica; Milada Sindlerova, la admirable pintora checa que triunfó recientemente en el Ateneo; el alemán Sollman; los catalanes Cardunets y Bachinas; Mariano Bertuchi, especialista en paisajes marroquíes, que interpreta con luminosidad extraordinaria; Ferrándiz, Casas Abarca (Agapito) y Penzol.

¿Y cómo hablar de paisajes sin resistir a la tentación de mencionar los fondos admirables de los cuadros de Hermoso, Salaverría, Maeztu, y esa página, toda sencillez, ingenuidad y serenidad, del lienzo *La familia*, de Cristóbal Ruiz?

SILVIO LAGO



"Turbonada", cuadro de Andrés Larraga



"Tristeza otoñal", cuadro de Nicolás Raurich

PÁGINAS POÉTICAS



CAMARAFOTO

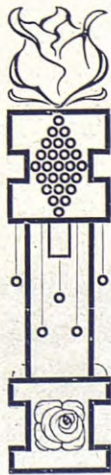
CLARO DE LUNA

Ante el balcón florido de la calle sombría
renace la emoción de un viejo sentimiento;
vivo en esta hora nueva la antigua poesía
y me trae perfumes conocidos el viento.

Es mi amor tan lejano que me parece un sueño.
La clave de las rimas que ha hecho mi corazón,
es en el triste horario de mi vida, el risueño
cuento de Abril, el salmo de mi resurrección.

Esta noche florece mi leyenda encantada
y perfuma una dulce saudade el alma mía;
mi paso retrocede por la senda ya andada
y vivo aquel remoto milagro de alegría.

¡Mujer, fuente divina de sensuales temblores!
Sueño... Rayo de luna. Que no sé lo que eres.



Siempre has sido tú misma en mis otros amores
única en la escultura de las otras mujeres.

Tu recuerdo es la sola razón de mi existencia,
y de nuestros amores en la historia doliente
ya han muerto las palabras, sólo queda la esencia,
triste como el confuso añorar de la fuente.

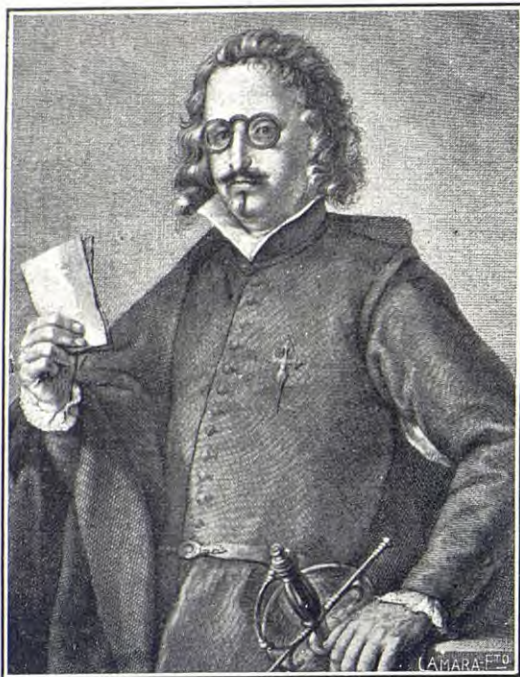
En mis horas, cortejo de todos los dolores,
negras enardecidas donde el Desastre espera,
hay un claro de luna, cantan los ruiseñores
y pasa por mi puerta la novia Primavera.

Entre música y flores digo mi rima única
bajo la eucaristía de la alba luna calma...
Su voz sueña en mi oído y el albor de su túnica
aparece en el claro de luna de mi alma.

E. CARRÉRE

LOS RESTOS DE QUEVEDO

(Párrafo nuevo en "El sueño de las calaveras")



D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

RELEYENDO, las noches pasadas, con la devoción que tengo por costumbre, los maravillosos sueños de D. Francisco de Quevedo y Villegas, antes de finar el primero de todos, que es el de las *Calaveras*, llamó el cansancio á mis ojos tan reciamente, que me quedé dormido con el libro abierto en el regazo.

Como por de dentro del meollo andábame rondando, sin paz ni sosiego, aquella pintoresca baráunda, laceria de la vida que por su propio pie se va al infierno, antojósele al magín, que seguía con los ojos abiertos sobre los folios de la sátira incomparable, continuar una lectura quimérica, pero que á él se le figuraba escrita por la misma veneranda mano del insigne Señor de la Torre de Juan Abad. Y fué desta suerte:

«... vi de pronto que unos enterradores traían á cuestras un ataúd abierto, dentro del cual asomaba una carroña no del todo descompuesta, pues que conservaba en momia gran porción de carne, y, á trozos, pedazos de vestido.

«Pregunté á un diablo, viudo del un ojo, cómo era que no recibíendose allí más de almas en pecado, traían aquel cuerpo libre de la suya, y me respondió que porque en el mundo, de tanto zarandearle de un sitio para otro, había perdido la sepultura, y lo llevaban á los profundos como en depósito.

«Esto acucióme la curiosidad, y asegurándome los espejuelos, acerquéme á la caja para ver quién pudiera ser el infelice que así andaba por los infiernos después de fenecido, como el Rey Felipe por la Tierra, y, ¡voto á Dios!, quedéme de piedra: aquella notomia era la de mi misma persona. Restreguéme fuertemente los ojos, pensando que no fuera sino ofuscación de los sentidos, por el mucho tiempo que asistía en aquel lugar; pero con más fuerza se me puso delante la evidencia.

«El diablejo, que vióme confuso y no era de los peores del infierno, acercóseme diciendo:

«—Rírame yo para un año si no hubiese un dolor de muelas que me saca de juicio. Vos y muy vos sois ese difunto, que os traen acá porque os han perdido en la Tierra á fuerza de traeros y llevaros neciamente; pero aun eso tenéis que agradecerles, que, como es invierno, acá estaréis con más regalo.

«Y entonces fui yo quien soltó la risa, acordándome de cómo se hacen las cosas en España y en qué forma se pone en ridículo á sus hombres insignes cuando se quiere honrarles.

«A un gobierno celoso de los prestigios nacionales, que en otro tiempo dieron prez y fama á la Patria, ocurriósele que no era bien que yacieran diseminadas las ilustres carroñas de sus prohombres por distintos puntos de España, sino que las más que pudiéranse hallar viniesen á dormir juntas en un puñado de tierra.

«Esto veíalo yo con la videncia infinita de quien tiene el ánima nadando en el piélago de lo sobrenatural.

«Vi que el acuerdo tomó trazas de hecho, y andaban unos hombres enlevitados, remedando el día del Juicio final, esto es, abriendo sepulturas y revolviendo huesos y piltrafas. ¡Mía fe que no hiciera más un tablaiero!

«A la postre, y aunque hacíamos lo posible por que no toparan con nosotros y nos dejaran en paz, dieron con Juan de Mena, Gonzalo de Córdoba, Garcilaso de la Vega, Ambrosio de Morales, Don Juan de Lanuza, Calderón, el Marqués de la Ensenada, Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva, el almirante Gravina y conmigo. ¡Dios nos lo tome en cuenta á la hora de pagarle los agravios!

«Bien hayan Luis Vives, Miguel de Cervantes, Frey Félix Lope de Vega, Juan de Herrera, Diego Velázquez y Claudio Coello, que no les pudieron haber.

«Qué bien que me estaba yo en mi sepultura de Villanueva de los Infantes, durmiendo el sueño de mi gloria, hasta que aquellos hombres me hallaron y trasladaron á la corte, lugar de mi nacimiento, donde me perdí tantas veces; mas nunca pude yo imaginar que luego de fenecido me ocurriese otro tanto.

«De allá trajéronme en procesión funeraria desde la aldea, para depositarme con mis otros camaradas de ultratumba en la iglesia de Atocha, y á 20 días del mes de Junio de 1869, comenzó la bogiganga para echar mi podredumbre al viento.

«A cosa de las cinco de la tarde comenzamos la peregrinación hacia el proyectado panteón nacional, pues que aún no estaba concluido.

«No han visto mis ojos jamás cosa tan desdichada como aquellas carrozas en que nos embutieron para pasear nuestra miseria por las calles de la Villa, hasta dar en la cripta de San Francisco.

«Por que no anduviéramos á la greña como muchachos, por estar estrechos, pusieronnos un



GARCILASO DE LA VEGA

armatoste rodado para cada uno: Era el mío un montón de trapos pintados, teniendo por remate un globo azul con estrellas de oro sobre nubes de plata, cubierto por un crespón funerario. Enredor de una gigantesca corona de laurel, que llevaba entrelazados los títulos de mis obras, había escritos aquellos mis famosos versos:

«No ha de haber un espíritu valiente?
Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

«Si yo dijere ahora, aquí lo que sentía de aquella fama que así zarandeara nuestros pobres huesos, á fe que nos habrían de oír los sordos... mas, ¿para qué, si, hecho el daño, no aprovecha el enfado?

«Llegamos, por fin, donde diz que era el Panteón Nacional, y como aún no estaba concluido, pues faltaba el pequeño detalle de labrar las sepulturas, dejáronnos, provisionalmente, mal acondicionados en una capilla, y ya, de allí en adelante, nadie más se volvió á recordar de nosotros.

«Allá nos estábamos los desdichados muertos que fuimos alguien en el siglo, pidiendo á Dios que fuera aquella nuestra salida postrera; pero los sepulcros no se labraron, y vino en gana (no se sabe á quién, con más poder que las Cortes), volvernó á nuestras primeras sepulturas, y allá fuimos todos rodando nuevamente como Dios era servido.

«... Yo, corrido de tantas profanaciones, pensé en tomar venganza á mi propia costa; que según me llevarán á Villanueva de los Infantes, ordenar á mi ánima que se entrase en el ataúd y á lo largo del camino fuese esparciendo las cenizas, que más habría de aprovechar las que el viento llevase á los surcos y dejase prendidas en las humildes florecillas de las cunetas, pues llegado á la aldea, siempre estaría en riesgo de que me volvieran á sacar en procesión, y yo no soy San Isidro, que con su notomia descubierta trae el agua á los campos sedientos... Mas no puse por obra este pensamiento, esperanzado en que perdiéndome algún día tan bien que no me vuelvan á hallar por los siglos de los siglos, me dejarán al cabo dormir el sueño de los justos... Ahora me han vuelto á hallar, que esta es mi mayor desventura. No sino entiendo que es el Conde-Duque quien, aun luego de muerto, me persigue...»



D. FEDERICO GRAVINA

DIEGO SAN JOSE

ESTRENO DE UNA ÓPERA
ESPAÑOLA

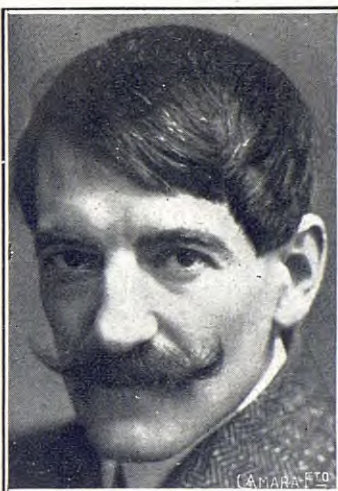
"EL GATO MONTÉS", DEL MAESTRO PENELLA



Una escena del primer acto de la ópera española "El gato montés", libro y música del maestro Penella, estrenada, con gran éxito, en el Gran Teatro

EL maestro Penella ha obtenido en el Gran Teatro un éxito ruidosísimo, y de los que quedan en el repertorio, con su ópera popular *El gato montés*, una buena obra lírica escrita sobre un libro interesantísimo y emocionante en alto grado, con una música fresca, espontánea y, sobre todo, genuinamente nacional, y que, ¿por qué no decirlo?, nada desmerecería colocada entre otras de Giordano, Leoncavallo y el propio Mascagni, tan aplaudidas en los principales coliseos del mundo. *El gato montés* es obra sincera, espontánea, reveladora de un completo dominio de la técnica y exuberante de rasgos melódicos de una gran simpatía. En el primer acto, de una gran brillantez todo, destacan la romanza de tiple, delicado dibujo melódico resuelto con mucho brío, y un graciosísimo garrotín.

En los actos siguientes, la fuerza musical es absorbida por el interés teatral dominante, avasallador. Las escenas de la Plaza de Toros, de movilidad y color realmente extraordinarios, y de un realismo electrificante, son un rotundo acierto de observación profunda. El final de la obra es de una excepcional intensidad trágica, y así se comprende que el público, al caer el telón, después de quedar unos segundos silencioso, sobrecogido, abrumado por la intensidad de la emoción, se levante de los asientos y aplauda frenéticamente y haga salir a es-



EL MAESTRO MANUEL PENELLA
Autor de la obra

cena numerosas veces al notable músico y habilísimo autor que tal deleite le ha proporcionado durante unas horas.

El gato montés recorrerá, con el mismo éxito que aquí, todos los teatros de España y los de América, sobre todo, si su representación alcanza el grado de perfección a que ha sabido elevarla la compañía que nos ha dado a conocer en el Gran Teatro esta interesante ópera, a cuyo resonante éxito han contribuido no poco la señorita Romo, que canta con muy buen gusto y bella y extensa voz; el Sr. De Ghery, que representa el protagonista de modo irreprochable; Beut, que se ganó una ovación, y la señora Cárcamo. Añádase a lo expuesto lo perfectamente ensayada y dirigida que ha sido la obra y la pulcritud con que se ha puesto en escena, y se comprenderá que *El gato montés* haya obtenido uno de los mayores éxitos que se recuerdan en estos últimos años.

El maestro Penella ha conquistado un triunfo tan grande como legítimo y tan entusiasta como franco, porque al mérito de su labor como músico, ya reconocido por la crítica y el público, ha sumado la evidencia de su habilidad como libretista conocedor de los resortes teatrales, de la mecánica y de los efectos, que constituyen lo que pudiéramos llamar la razón del éxito.



Escena final de la ópera del maestro Penella "El gato montés"

FOTS, BARBERÁ MASIP

DESDE PARÍS

LA GUERRA DE LOS TENDEROS

ONCE de la mañana y una gloria de sol en los cielos... ¡Al fin, el buen tiempo...! Creímos que no habría de llegar nunca, y por su lado creyeron los mercaderes que jamás venderían, en este año, las *nouveautés de la saison*...

Mas he aquí el sol... Nosotros, los desheredados del mundo, podemos aceptarle ya como un bien: como un bien que nada nos cuesta y que a nada nos obliga... Podemos gozar de él con voluptuosa *insouciance*: como los camaleones, como los lagartos...

No así los mercaderes... Para este sol que luce, al cabo, no es la primavera que llega, ni el invierno que acaba, ni la vida que vuelve... Es, sencillamente, un vencimiento... Sobre el crédito de este sol, edificaron castillos de confecciones: vestidos, sombreros, zapatos, sombrillas, *sacs-à-main*... Todo este arsenal de elegancia no aguardaba, para trocarse en moneda y rendir beneficios de ciento por ciento, sino la llegada del sol... Hele aquí... Y ahora estos desventurados millonarios, tenderos del boulevard Haussmann, judíos de las *Galleries* ó del *Printemps*, se asoman á los ventanales de sus tiendas-palacios y atisban, con angustia que da pena, el ir y venir de las mujeres sobre la acera, el gesto de la compradora posible que se detiene ante un escaparate ó que revuelve, con mano febril y desdén, los saldos de una exposición...

En todas esas caras de usureros semitas está el mismo tormento del logro, la misma angustiada pregunta: —¿Pagará ó no pagará el sol de este verano tardío la letra de cambio que le hemos girado, al preparar las *nouveautés de la saison*?...

ooo

Por desgracia, el sol paga, y paga con creces y con réditos usurarios, porque son sus tesoreras las muchachas, las mujeres de esta Villa-Frivolidad...

A lo largo del boulevard Haussmann, y frente á los portones de las *Galleries* y del *Printemps*, las parisienses van y vienen y se agitan en derredor de las exposiciones, como hormigas sobre montón de azúcar... Los tiempos difíciles; la vida cara; la guerra; la terrible cerrazón del porvenir: ¿qué es todo esto, ni qué vale, ante el irresistible *chic* de una prenda *tout à fait dernier cri*...?

Para una ciudadana de la Villa-Frivolidad, el momento de probar un modelo inédito de sombrero es un instante sagrado, y el gesto de ese instante merece lentitud y abstracción de práctica ritual...

Dice un proverbio español: «Cabeza loca no quiere toca»... Si hubiéramos de creer en la experiencia y en la verdad de los dichos que la tradición nos lega, fuerza nos sería conceder á estas mujeres de nuestro París una sorprendente dosis de juicio y de prudencia... Y sin embargo...

Sin embargo, las adorables muñecas que dictan al mundo toda ley de elegancia; las gentiles cabezas que tan sólo sobre la almohada vemos destocadas; las frentes en las que anidan, con la más clara inteligencia y el más agudo ingenio, todas las audacias de la fantasía y todas las inquietudes del ensueño, no son, por fortuna, de esas que en el viejo idioma de los prejuicios pudiéramos llamar sensatas... ¡Oh, no...!

ooo

Hablad á una parisiense en nombre del sentimiento y, como vosotros, y aun mejor que vosotros, sentirá... durante el breve espacio de un cuarto de hora, que es todo lo que puede concederos de su vida y de su corazón...

Hablad á una parisiense en nombre de la verdad, y en lo que vosotros, y aun mejor que vosotros, creará, si la verdad es bella como un cuento de hadas... Si la verdad es ingrata y áspera, vuestra amiga de París os aconsejará que aprendáis el arte de mentir con gracia...

Pero hablad á una de estas mujeres en nombre de la razón, y una despiadada risa os cortará el hilo del discurso: una despiadada risa que será cristalina espada blandida por el Ángel de la Ironía al expulsaros de un paraíso perdido...

ooo

Nuestros abuelos españoles afirmaban que «cabeza loca no quiere toca»... Si nosotros, los nietos, hemos de seguir pensando y diciendo conforme al duro genio de la raza, preciso nos será invertir el antiguo proverbio, trocándole por este otro: «cabeza loca, quiere toca»...; y aun más, quiere la interminable serie de tocas



Echea
PARIS, 9/17

creadas por la moda para bienaventuranza de mercaderes y judíos y condenación de maridos y de amantes cristianos.

ooo

En vano, para librarse del acostumbrado aluvión de facturas, esos maridos y esos amantes, presentes ó ausentes, dicen ó escriben á sus mujeres ó á sus amadas ese *leit-motiv*, que lo es hoy de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones, y también de todos los egoísmos y de todas las avaricias:

—*C'est la guerre*...!

—¡Es la guerra...!—dice el soldado que lleva tres años de vida y de infierno en las trincheras...

—¡Es la guerra...!—dice el inquilino al negarse á pagar á su casero, para comprar, con el importe del inquilinato, productivos bonos de la Defensa Nacional...

—¡Es la guerra...!—dice el «patrón» millonario al pagar á sus empleados con sueldos tanto más reducidos cuanto más cara se hace la vida...

Y el soldado infeliz, y el misero propietario, y el miserrimo empleado sufren y callan... Todo el mundo sufre y calla menos ella: la cabecita loca...

Si por negarle á esta cabecita el último modelo de toca osáis argüir: *C'est la guerre*...! oiréis, inmediata, la réplica siguiente:

—Ya sé que *C'est la guerre*, amigo mío...

Pero, justamente, por *ser la guerra*, hemos suprimido en nuestros sombreros todos los adornos caros: paraísos, garzas, avestruces, flores... Y hoy hacemos sombreros con nada: con cintas de seda, con paja, con tul, y los adornamos con nada: con bordados de lana, con perlas de vidrio, con una pluma de gallo... Así ocurre que esos modelos apenas valen un «luis»... nada...

Y en tales condiciones, lo menos que puede concederse á una mujer á quien se quiere, es una docenita de esos *petits chapeaux* que nos dan casi de balde...

Habréis de ceder, al cabo... Y los tenderos judíos del boulevard Haussmann, calculando que igual da vender un sombrero de diez «luses» que diez sombreros de un «luis», se frotan las palmas de las manos y piensan que para ellos *no es la guerra*...

Verdad es que no todos los tenderos tienen tienda. Hay mercaderes para quienes la tribuna de un salón de conferencias, ó la mesa de la dirección de un periódico, hacen oficio de mostradores. Y por muy «aliadófilos» que parezcan, no son estos otros tenderos—los disfrazados de personas decentes—los peor instalados en la guerra...

ANTONIO G. DE LINARES

DIBUJO DE ECHEA

EL HADA BUENA DEL BOSQUE



Por la espesura del bosque fueron las hordas crueles,
camino de la llanura resplandeciente de sol,
con estruendo de cañones y relinchos de corceles,
que arrancaban á la tierra epiléptico temblor.

Bajo los cascos bruñidos de los caballos marciales
se mustiaron los laureles de simbólico verdor,
y los robles centenarios y los olmos señoriales
formaron, hechos astillas, un imponente montón.

El hada buena del bosque fué en su gruta sorprendida
por los hurras de la hueste y el estruendo del cañón,
y por tierras impiadosas vaga llorosa y perdida,
lentos los ojos de lágrimas, lleno el pecho de dolor.

¡Desgraciada viejecita, la que aromó nuestra infancia
con leyendas candorosas y romances de juglar,
y nos adormió con cuentos de suavísima fragancia
al resplandor misterioso de la lumbre del hogar!

Ya no oiremos la caricia de su voz amable y queda,
la música cantarina que arrulló nuestra niñez,
cuando hablaba á nuestro lado de los rizos de oro y seda
que tenía por adorno la Princesa Blanca Miel.

No escucharemos la historia de la bella enamorada
que tras de una mariposa en el monte se perdió
y le sorprendió la noche en una gruta encantada,
prisionera entre las garras de un fabuloso dragón.

Ni sabremos la aventura de la gentil infantina,
á quien por hermosa y buena quiso un príncipe galán;
la que huyendo de la bulla de una fiesta palatina
perdió, al bajar la escalera, un zapato de cristal.

Ni veremos á la niña de los ojos celestiales,
compañera de los gnomos de barbas hasta los pies,
limpiando igual que una esposa los vasos como dedales
y los platos pequeñitos como cáscaras de nuez.

¿Qué será de Blanca Nieves? ¿Qué será de Pulgarcita,
la que nació por un beso en las ramas de un rosál?
¿Dónde encontrará un regazo la gentil Caperucita,
si los vándalos talaron su rincón de paz?

El hada buena del bosque, viejecita y arrugada,
anda errante por el mundo con sus dolores por cruz...
¡Ya no volverá á encantarnos la Princesa enamorada
ni arrullará nuestro sueño la fuente del Ciervo Azul!

ARTISTAS
CONTEMPORÁNEOS

DANIEL VAZQUEZ DIAZ



ESCENAS DE LA GUERRA.—"El héroe", grabado original de Vázquez Díaz

HAY en la sección de grabado de la actual Exposición Nacional un tríptico de aguas que sorprende y sujeta el ánimo en una impresión de horror. Es el tríptico de tres ciudades francesas, mártires de la guerra: *Verdun, Arras, Reims*. Entre los demás grabados evocadores de lugares románticos y melancólicos con cipreses, con fuentes de ancho tazón, con ruinas helénicas y tapias blancas de cementerios; entre las escenas de puertos á lo Penell ó á lo Brangwyn, ó los recónditos y enmarañados lugares de selvas frondosas, ó de siluetas de mujeres, estos tres grabados hoscos, sombríos y un poco bárbaros en su fuerza expresiva y en su desolación elocuente, nos detienen.

Las fotografías y las crónicas literarias nos habían ya, al parecer, acostumbrado al espectáculo imponente de las ruinas todavía humeantes, que clavan sus triángulos escombrosos en el cielo vibrante y obscuro de disparos; de los templos profanados y las calles arrasadas y de los esqueletos de las edificaciones irguiéndose como crímenes en una conciencia culpable.

Y, sin embargo, no tenían esta agresiva fiereza en su súplica á la indignación ajena como en este tríptico *Arras, Reims, Verdun*, de la actual Exposición Nacional. Son ciudades espectrales que im-



ESCENAS DE LA GUERRA.—"Las madres", grabado de Vázquez Díaz

precian y amenazan y abochornan por cómo es posible en nuestro siglo de máxima civilización descender á la máxima barbarie. El artista ha compuesto sus tres grabados como un poeta épico sus estrofas. El dibujo es de una verticalidad rotunda; en el claroscuro hay durezas voluntarias que evocan rembranescos contrastes. Ni un solo detalle compensa la contemplación de este agostamiento de la ciudad, de esta destrucción que no parece haber venido igneamente por los aires, sino haber brotado de la tierra misma, en una violenta convulsión geológica, como si la muerte, camarada de su milenario sueño bajo cuarenta años de paz, de cosechas profundas, de prosperidades industriales, de refinamientos estéticos, se hubiera incorporado en su tumba alzando la enorme losa que la Francia feliz había echado sobre ella.

Y después de contemplar esta visión de las ciudades por donde la guerra ha pasado ó permanece aún, sentimos la curiosidad de conocer cómo habrá visto el artista las personas á quienes la guerra ha desviado de los senderos imaginados únicos.

He aquí estos otros grabados. Les hermana el procedimiento y el propósito. Fraternal impresión causan también. Hay una trágica desesperación y una conmovedora fuerza casi morbosa para so-

portar el dolor, que sólo teniendo recóndita raigambre de heroísmo puede concebirse.

Colocáis, por ejemplo, estos grabados frente a los dibujos tan armónicos, tan perfectos de Matania, y halláis una ruda diferencia. Pensáis en esas frívolas y galantes páginas de *Fantasio* con sus lágrimas de cocota y sus escenas indescriptibles de permisionarios que encuentran una madrina demasiado complaciente, y la diferencia se destaca con mayores bríos y ventajas a favor de los grabados de Vázquez Díaz.

No se ha perdonado al artista ningún detalle de amargura y de cólera. No ha querido falsear la visión atormentada. Ha reproducido las siluetas lamentables de los enfermos, de los heridos, de los ennegrecidos de pólvora y roídos de fiebre y sucios del barro viscoso de las trincheras. Ante las figuras que Vázquez Díaz ha sabido ver en la guerra, evocamos los capítulos inquietadores y ásperos de *Le Feu*, esta obra de Henri Barbusse, que es la verdadera voz de la verdadera Francia; la voz que habla desde las trincheras, no desde las calles de París ó desde los parisinos palacios de los barrios aristocráticos.

A veces Vázquez Díaz une varias de estas figuras en una escena de mayor totalidad elocuente y decisiva. Son como bocetos de cuadros futuros que, luego, en los días de restañar heridas, reconstruir ciudades, liberrar los mares y reabrir las cancellerías, ruborizarán a la Humanidad.

Aquí vemos soldados—¡oh, estos soldados de Francia, harapientos, barbudos, desdeñosos de la militar indumentaria, pero de tan esforzado espíritu, capaz de todos los márciales heroísmos!—; conducen a un herido en una camilla a través de los escombros y bajo las explosiones de los proyectiles. Allí, una dama de la Cruz se inclina, en angélica visión de blancas vestiduras y compasiva actitud, sobre el lecho de un hombre entrapado, mientras en torno de ambos se alzan los muros rotos de un templo convertido en hospital de sangre. En este otro grabado, una silueta enlutada y do-



"Cabeza de mujer", dibujo de Vázquez Díaz

lorida vaga por campos erizados de cruces y pobres trofeos militares, buscando un nombre... En aquél, dos soldados cavan una fosa; otro soldado, que fué sacerdote, oprime contra el pecho su breviario, y al lado de los tres, en el suelo, el cadáver duerme ya para siempre, con el espanto y el odio cuajado en las pupilas.

¿Y las madres? Las madres alcanzan en estas páginas de la guerra que Vázquez Díaz ofrece ahora a España como una súplica de amorosa piedad, el más elevado concepto de dolorosa

belleza. Madres campesinas, burguesas, aristocráticas. Madres que languidecen en el fondo de mansiones solitarias y opulentas; madres que van errantes por los caminos; madres que han tenido que buscar trabajo en las grandes urbes, vacías de hombres. Madres que alzan sus puños crispados ó se doblan con ese ademán de infinita resignación y profundo aniquilamiento que el drama bíblico impuso a veinte siglos de arte. Madres que van, orgullosas y graves, al lado del hijo, laureado y mutilado. Madres que estrujan entre sus manos sarmientos el *Boletín de los Ejércitos*, como en otro tiempo estrujaban amorosas la carta del que había de ser padre de este hijo cuya muerte le anuncia.

¡Madres de Francia, en fin, que es ella misma como una madre enlutada, con el corazón oprimido, con los ojos ya secos de tanto llorar y sintiendo, sin embargo, sus entrañas capaces de procrear más hijos para que puedan ser felices en el porvenir glorioso y próximo!

Daniel Vázquez Díaz habla ahora de Francia a España. Antes habló de España a Francia. Y siempre con un sentido elevado y grave, un poco trágico, calenturado su arte por el meridional fuego de su sangre andaluza.

Daniel Vázquez Díaz hace más de diez años que vive en París. Como Zuloaga y Anglada ayer, como Federico Beltrán hoy, Daniel Vázquez Díaz es un gran artista, a quien su patria desconoció y a quien tendrá que consagrar después de los triunfos exóticos.

Los hombres más ilustres han posado para sus retratos esas «cabezas» al lápiz que tienen el aspecto enérgico de una escultura. La crítica francesa no le ha escamoteado los elogios. En los salones sus cuadros ocupaban sitios de honor. En las principales revistas colaboraba a altos precios.

No obstante, Madrid fingía desconocerle, y cuando vino a exponer sus cuadros, un poco fríos, pero inflamados de vida, Madrid se encogió de hombros.

JOSÉ FRANCÉS



"El hijo"



"Hacia el desierto"

ESCENAS DE LA GUERRA
(Grabados originales de Daniel Vázquez Díaz)

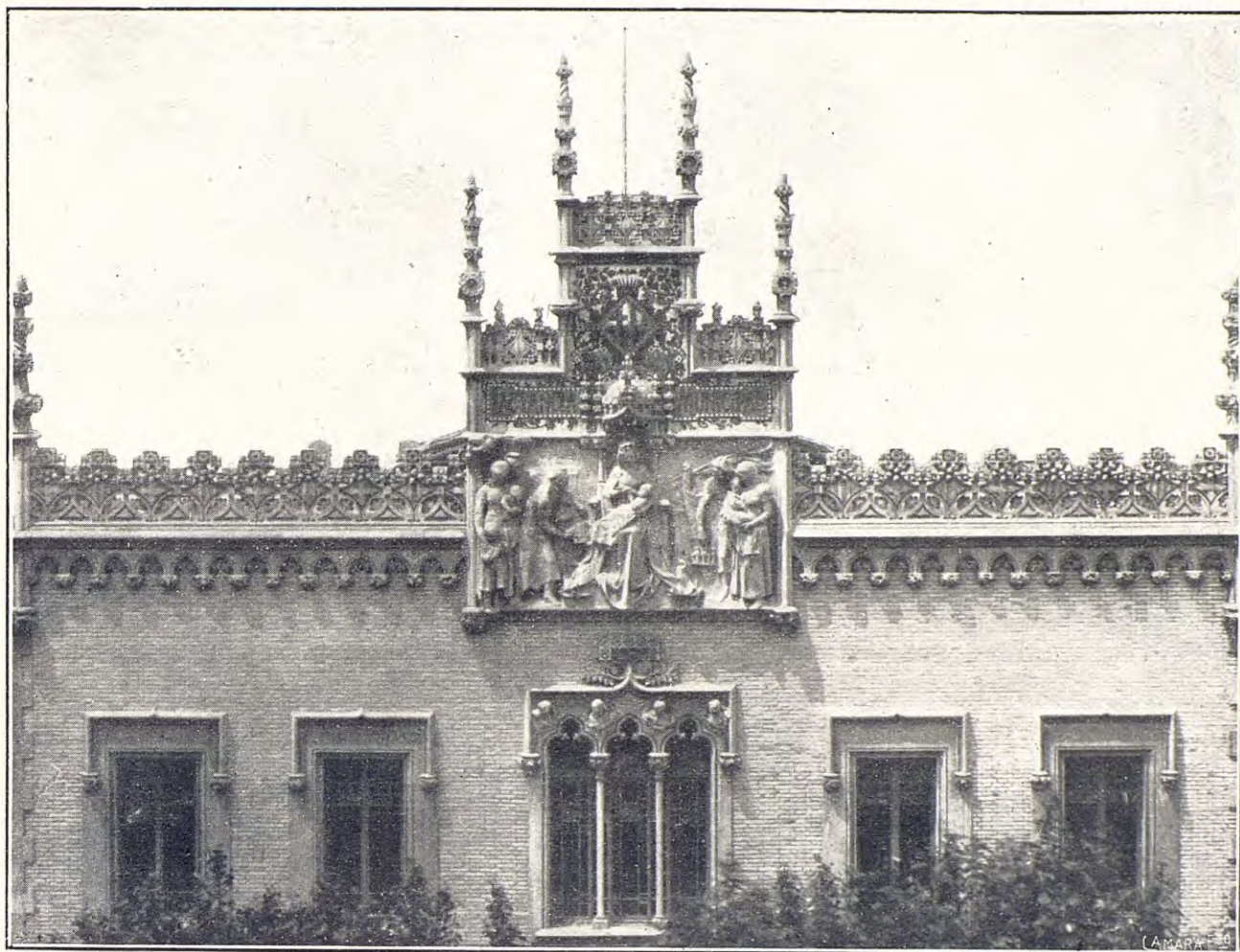
PÁGINAS ARTÍSTICAS



DANZA ESPAÑOLA, aguafuerte original de Daniel Vázquez Díaz

ACCIÓN SOCIAL BARCELONESA

LA INFANCIA Y LA VEJEZ



Detalle de la Casa Municipal de Lactancia, situada en la calle de las Cortes

FOT. A. MÁS

Es Barcelona una capital que debe gran parte de su crecimiento á la inmigración. Es la región de menos natalidad de España, donde vamos á parar del 40,09 por 1.000 que corresponde á Extremadura al 27,47 que toca á Cataluña.

Hay en Cataluña 285.000 habitantes que no han nacido en el Principado, y fijándonos en Barcelona, veremos que los distritos obreros, donde viven las familias originarias de otras regiones, se distinguen por la mayor procreación, compensadora de la escasa natalidad de los distritos habitados por la gente de buena posición y mayor bienestar (1).

Por esta razón Barcelona sólo puede avanzar en su población reduciendo la mortalidad, lo cual se consigue á fuerza de higiene y defendiendo la infancia contra las asechanzas que la rodean.

La mortalidad infantil es terrible en nuestra Patria. Según el último censo, mueren antes de llegar á los cuatro años 40 niños por cada 100 nacidos. Está fuera de duda que el principal inmotorio de la infancia se encuentra en las grandes ciudades, siendo las enfermedades de los niños uno de los mayores azotes que impiden el desarrollo normal de la población.

(1) En el Juzgado de La Lonja, el promedio de la natalidad es de 21,29, y en el de San Martín de Provençals, de 34,37 por 1.000. En el distrito cuarto fué de 18, y en el décimo de 29 por 1.000.

La lactancia es bastante atendida en Barcelona. Sabido es que la obra social, encaminada á proteger á la infancia, debe comenzar en el claustro materno, prosiguiendo eficazmente durante el periodo de amamantamiento.

La mujer, impulsada por una moda humanitaria, ha instaurado aquí un conjunto de instituciones protectoras del niño y de la mujer embarazada. Las canastillas para recién nacidos y los roperos están á la orden del día, de manera que no hay partera pobre á quien falte el tocado de su criatura. En esto pecamos ya tal vez de exceso por la falta de coordinación que caracteriza nuestra acción social, que se mueve dispersa, sin un centro regulador que encauce y regularice sus energías y sus medios. La Casa de Ma-

ternidad de Barcelona recoge no tan sólo los expósitos de esta provincia, sino de las provincias limítrofes, y al mismo tiempo provee al amparo de las mujeres abandonadas, de las que quieren ocultar su falta para salvar al niño, tantas veces amenazado de muerte por esa legión de curanderas y comadronas dispuestas siempre á facilitar el aborto con lamentable impunidad.

El Ayuntamiento de Barcelona aloja en un bello edificio la Casa Municipal de Lactancia, que suministra más de 140.000 litros semanales de leche y asiste á 3.000 niños enfermos. Cuenta, además, con el servicio Toco-gineológico municipal y el Dispensario de mujeres embarazadas. Coadyuvan á la realización de tan pia-

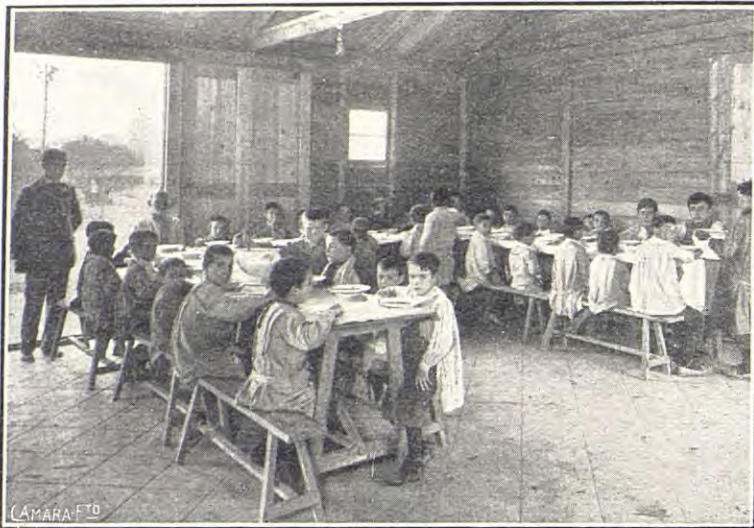
doso cometido una serie de organismos fundados por la iniciativa privada.

Hay que sumar á esto algunas salas-cunas instaladas en las fábricas, mereciendo mencionarse la que el marqués de Alella sostiene á beneficio de sus obreros de las fábricas que posee, las «Hilaturas de Fabra y Coats» en San Martín y en San Andrés. Por otra parte, á expensas de los particulares, contamos con dos hospitales para niños: el del Niño Dios, que dirige el doctor Giró, y el hospital del doctor Vidal Solares, ilustre médico cubano que, al par del doctor Giró, prodiga generosamente sus cuidados á la infancia desvalida.



Vista general del Grupo Benéfico de la Junta de Protección á la Infancia

FOT. BALLELL



La hora de la comida en el pabellón desmontable del parque infantil de la Junta de Protección a la Infancia



Comedor de maternidad para mujeres embarazadas, creado y sostenido por la Junta de Protección a la Infancia

Y por encima de todas estas instituciones resplandece la actuación bienhechora y constante de la Junta provincial de Protección a la Infancia de Barcelona, que es acreedora a todos los elogios y plácemes por su labor fecunda.

Esta Junta está influida por un sociólogo relevante, D. Ramón Albó, que es su secretario general, y por un técnico admirable, Luis Folch y Torres, quien ha sabido especializarse en la materia, poniendo en su acción todo su amor a la infancia, sin lo cual la labor sería fría y automática. En toda la obra de la Junta se descubre el alma generosa de este hombre que desprende de sí efluvios de atracción y espiritualidad.

Una de las preocupaciones de la Junta ha sido la de evitar la depauperación de las madres, que se infiltra en los pequeñuelos, y en vez de repartir leche esterilizada, que muchas veces no va a los niños, ha creado los Restaurantes gratuitos de Maternidad, a los cuales pueden concurrir todas las madres obreras durante el período del embarazo y de la lactancia. Actualmente funcionan dos de estos Restaurantes en los barrios obreros.

Tanto como la bondad del alimento que se reparte contribuye a la atracción de estos Restaurantes su aspecto risueño y artístico, que aleja de la mente toda idea de beneficencia, dándole el carácter de un restorán de pago.

En la infancia es cuando se maduran ya los gérmenes de la tuberculosis, por lo cual conviene en sumo grado llevar a término una obra preservativa si se quiere restar espacio al terrible azote. A este fin ha instituido la Junta una colonia de hijos de tuberculosos en el pueblo de Fontrubí, donde los niños viven en *masías* inspeccionadas por la Junta, recibiendo una pequeña pensión por la hospitalidad que dispensan a los pequeñuelos, que viven así en pleno campo y en contacto con la Naturaleza.

Los niños, cuando llega la edad del aprendizaje, prefieren casi siempre continuar en el campo; de esta manera no sólo se logra la regeneración física, sino que se ayuda al retorno a la tierra, que predicaba Meline ante la fuerza tentacular de las ciudades modernas que despueblan la campiña.

El niño, en Barcelona especialmente, por ser ciudad muy accesible y saturada de elementos maleantes, está expuesto al contagio de la mendicidad y de la delincuencia. Muchos son los niños y adolescentes que vienen a nuestra ciudad con sus familias ó so-

los huyendo de lejanos lugares ó víctimas del abandono. En los vapores, en los trenes ó a pie, hurtando la vigilancia de quienes pudieran detenerlos ó gozando de una tolerancia tácita, aquí acuden atraídos por la fama de nuestra ciudad, que ofrece una fácil existencia. El hambre puede decirse que no existe en Barcelona: el rancho de los cuarteles, la sopa benéfica que de tiempo inmemorial, en algunas fondas y asilos, se brinda a los necesitados y la posibilidad de ganarse la vida en oficios callejeros, que predisponen en seguida a las malas artes del *descuidero*, constituyen un estímulo para la inmigración de gente de otras provincias que sufren privaciones. La recogida de colillas, por ejemplo, rinde seis reales diarios; el reclamo de los niños para la limosna es fructuoso en demasía, y la ocasión de aprovechar ó hurtar los desperdicios de la carga de los muelles proporciona ganancias ilícitas que cuentan con una organización vasta y tolerada. Las casas de dormir y los restaurantes baratos alientan asimismo al vagabundeo y a la vida callejera,

favorecidos por un clima que consiente la vida al aire libre.

La Junta de Protección a la Infancia ha comenzado su obra tutelar bajo este aspecto, facilitando al obrero el modo de que sus hijos no queden abandonados en la calle y vayan a la escuela, mientras él permanece en la fábrica, salvándolos así del contagio de ese mundo callejero tan pernicioso para la infancia. De aquí la creación de los Parques infantiles. Estos parques, instalados al aire libre, se componen de una zona de jardín y otra de huertecitos que cuidan los mismos niños, existiendo un pabellón que se utiliza solamente en días lluviosos y en las tardes de invierno. Los padres, antes de ir a la fábrica, dejan allí a sus hijos, que son acompañados a la escuela y recogidos luego por los ayes del Parque, permaneciendo en él durante las horas extra-escolares, facilitándoseles una sana y abundante comida al mediodía y una buena merienda.

Para completar la obra redentora de esos *hijos de la trinxera*, como pintorescamente les nombra Folch y Torres, es necesario buscar y recoger los niños abandonados en la calle, los explotados por la mendicidad, las víctimas de malos tratos en su casa ó sometidos al influjo de un ambiente inmoral y corruptor. Los dramas y miserias de que es testigo la Junta no son para contados. Baste saber que custodia 11.678 expedientes relativos a casos en que ha intervenido.

Comienza la Junta su labor en este sentido, haciendo por medio de sus agentes y de la Policía urbana, la recogida, en la calle, de los niños abandonados. En seis años han desfilado por sus oficinas 3.077 niños, a los que ha prestado su amparo. Cuenta para ello con dos albergues provisionales en un grupo benéfico en el que se prestan también otros servicios, uno para niños y otro para niñas, en los cuales éstos se alojan durante el período de observación, que permite estudiarlos y conocerlos antes de clasificarlos y distribuirlos entre los diversos establecimientos, fundados por la Junta unos, y otros con los cuales contrata la pensión y el tratamiento adecuado.

Entre las instituciones de que dispone la Junta para su obra de rehabilitación social destacan la Colonia Agrícola de Plegamans y la Casa de Familia de Barcelona; aquella para los adolescentes que por sus condiciones y su aptitud son llamados preferentemente a la vida rural, y ésta para aquellos que se han formado en la ciudad y sienten incli-



Niños en el parque infantil de la Junta de Protección a la Infancia POTS. BALLELL

nación por la vida del taller. Es la Colonia Agrícola de Pegamans una verdadera granja agrícola donde aprenden a cultivar la tierra por medio de un trabajo mesurado que les capacita para ser buenos obreros agrícolas.

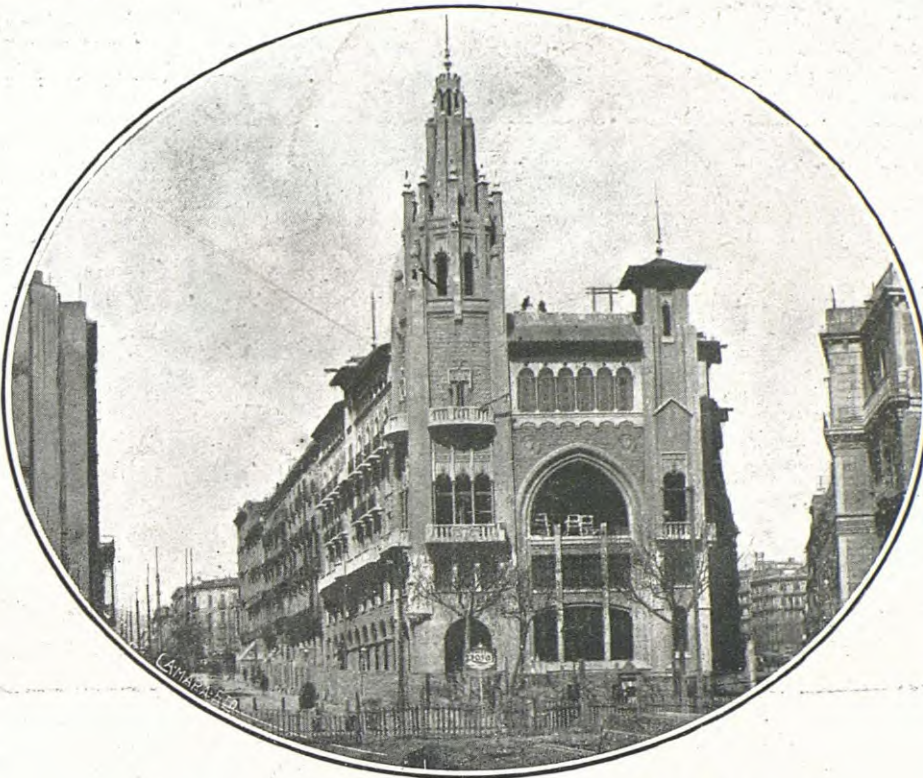
En la Casa de Familia los que saliendo del albergue son aptos para aprendices, encuentran el ambiente de un hogar animado por el espíritu generoso de un hombre. Es éste mosén Pedragosa, que es el padre de todos ellos, que les domina por el cariño y por la bondad, que comparte sus reveses y sus tribulaciones, que les procura trabajo y les induce al ahorro sometiéndoles a un régimen de tolerancia, que va poco a poco minando sus defectos y malas inclinaciones. No veda la salida por la noche y nadie se mueve de la Casa de Familia al volver del trabajo, convertida en una especie de casino donde los muchachos pasan agradablemente la velada. Los días festivos son destinados al *sport*, resultando los chicos de mosén Pedragosa los ganadores de las regatas en nuestros puertos y los vencedores en las carreras a pie y en bicicleta. Todos ellos, pletóricos de energías, encuentran así la manera de encauzarlas en un sentido sano y fortalecedor. A veces, gracias a las traducciones de los médicos hermanos Cominans, esos muchachos extraídos del arroyo salen a la escena para representar obras del teatro griego, y todos los domingos por la mañana, con el concurso de una agrupación de señoritas, cantan la misa gregoriana en la iglesia de San Justo.

Mosén Pedragosa, que es un psicólogo, conoce a todos y a cada uno de sus *noys*, como familiarmente les llama, y les consiente que arregle cada cual su habitación, a su gusto y manera, lo cual le deja adivinar el carácter y las aficiones que en su intimidad abriga. Cada cuarto resulta el reflejo del individuo por los adornos, por los muebles, por el orden y disposición de las cosas.

El padre Francisco de Asís Méndez, en el Asilo de Porta-Coeli, fundado recientemente en el barrio madrileño de la Guindalera, realiza algo parecido a lo de mosén Pedragosa, por medio de una residencia de carácter voluntario, armonizado con el aprendizaje de un oficio.

Cuando la Junta de Barcelona observa en el *trinxeraire* recluido en el albergue, en el período de observación, alguna anomalía o perversión que impongan un tratamiento especial, entonces es llevado al reformatorio para intentar su enmienda o su curación.

El esbozo que hemos hecho rápidamente de la organización de Barcelona deja ver en seguida que su labor está presidida por un criterio



El gran edificio en construcción para la Caja de Pensiones para la Vejez

científico, que su manera de actuar es racional y ordenada, siendo en verdad sensible que su mano reguladora no sea la llamada a coordinar y poner en relación los elementos dispersos individuales para obtener el máximo rendimiento de ese conjunto de esfuerzos que se mueven desordenados y sin la debida convergencia para lograr un resultado positivo y completo de los medios puestos en práctica.

Los particulares no ayudan, como es de desear, con sus recursos a la Junta, quizá porque no hay idea de lo mucho y bueno que hace, por más que la protección a la infancia abandonada ha merecido últimamente un cuantioso legado del fabricante Luis Ribas, estando construyéndose ya el «Refugio de Trinxeraires» a que ha sido destinado.

Hablemos algo ahora de la vejez, que había sido hasta ahora muy desatendida, dando motivo a que un dramaturgo, Ignacio Iglesias, formulase una acusación contra la sociedad, que no se preocupaba poco ni mucho de los ancianos caídos al pie de la máquina, vencidos por los años, en su penetrante obra *Els Vells*.

En 1902, cuando sufrimos la primera huelga general, al restañar la sangre y los daños que se produjeron por su causa, no siendo uno de los menores la distanciamiento de clases, se intentó con buen resultado crear una institución de carácter social. Una suma recogida por suscripción sirvió de base a la Caja de Pensiones, que comenzó a funcionar en 1904, teniendo a su frente un hombre que a sus conocimientos de economista e ingeniero industrial suma su cora-

zón de filántropo: D. Luis Ferrer-Vidal y Soler, quien ha tenido la fortuna de encontrar al técnico, que es a la vez un ferviente enamorado del seguro social. D. Francisco Moragas y Barret, que es nuestro hombre, es un apóstol que hace los milagros apoyado en la norma científica, siendo admirable lo que ha hecho.

La Caja de Pensiones para la Vejez, organizada de manera que pueda todo el mundo imponer la cantidad que quiera, sin someterse a plazos, responde perfectamente a nuestro carácter individualista, amante de la libertad de movimiento y amigo de la previsión voluntaria.

La Caja de Pensiones, que se anticipó algunos años al Instituto Nacional de Previsión, cuya representación oficial ostenta hoy en Cataluña y las Baleares, tiene una historia brillante. Cuenta ya en Cataluña y las Baleares con diez y siete sucursales, todas en próspera marcha, que estimulan doquiera el ahorro y la previsión, habiendo conseguido hacerse popular y simpática entre el pueblo, que tiene en ella puesta su confianza.

En 1905 el número de libretas vigentes era el de 578, y el importe de sus cuentas de operaciones 150.308 pesetas; al cabo de doce años, en 31 de Enero de 1916, el número de sus libretas alcanza la cifra de 90.139, y el importe de sus cuentas de operaciones suma 30.870.542 pesetas. Pocas instituciones sociales existen en el mundo que hayan tenido un crecimiento tan rápido. La Caja de Pensiones está terminando el «Palacio del Ahorro», monumental edificio que albergará en breve sus oficinas, que será ornato y orgullo de Barcelona, ya que al par de edificio bello se mostrará como encarnación de un espíritu humanitario.

Entre los que se preocuparon de los inválidos del trabajo no podemos olvidar al fabricante D. José Sert, quien legó para los de su fábrica el señorial edificio y parque del llamado «Desierto de Sarrià», donde gozan de una vida placida en los últimos años de su vida.

Algunos Montepíos y Sociedades han querido proveer a este anhelo tan simpático a todos de una manera empírica, sin reconocer que tan hondo problema no se resuelve sino dentro de la ciencia del seguro, que reclama una amplia base y una regulación técnica y matemática, sin la cual todo son falsos tanteos y seguros fracasos.

La Caja de Pensiones para la Vejez, que encuentra una cooperación decidida en el elemento patronal, ha sentado firmemente las bases para asegurar al obrero una renta cuando sea inútil para el trabajo.

FEDERICO RAHOLA



El padre Pedragosa, fundador de «La Casa de Familia», entregando los productos del ahorro a los acogidos a aquella admirable Institución



Los acogidos en «La Casa de Familia» que pertenecen a la sección de deportes y cultura física, celebrando una junta

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

Mirándose al espejo

Cómo madruga el sol estas mañanitas de Mayo! Junto á mi balcón, dos atrevidos gorriones están armando un escandaloso concierto. Hace un día espléndido y suave, que vuelve la sangre á las venas y la alegría á los ojos. ¡Con cuánta delicia acabo de lavarme con el soberbio JABON «FLORES DEL CAMPO», que evita las irritaciones de la piel, propias del buen tiempo, y comunica á ésta ese aterciopelado incomparable, esa purísima seda, que hace volver el rostro á los hom-

bres para piropearme y á las mujeres para sentir envidia! ¡Tontas; vosotras podéis competir conmigo! La PERFUMERÍA FLORALIA y sus creaciones formidables son asequibles á todas. A no ser que prefiráis dejar de ser bonitas, en cuyo caso...



Me he lavado, digo; he matizado mis mejillas con esos invisibles y sutiles, con esos impalpables POLVOS DE ARROZ «FLORES DEL CAMPO», que comunican la sensación única de frescura y buen tono.

Después—¡qué entusiasmo!—me he puesto por primera vez mi más vaporoso vestido de gasa, mi pamea graciosa, mis botines claros, airosa y gentil como una libélula. Mi pañuelo tiene unas gotas de EXTRACTO delicioso, también de FLORALIA, que es mi sello y mi divisa.

¡No os riáis de mí! Pero, al mirarme en el espejo, me encuentro seductora y bella como nunca, y esta tarde, cobijada en mi sombrilla, llamaré la atención en las carreras ó en mi grada de la Plaza de Toros.

Por eso, como soy agradecida, sobre la tentadora fila de frascos largo un beso de amor, para que se lo repartan entre todas las creaciones «FLORES DEL CAMPO»; entre el OXENTHOL, al que debo la blancura estupenda de mis dientes, y el SUDORAL... En una palabra: entre toda la familia exquisita que supo crear FLORALIA para provecho nuestro.

DIBUJO DE PENAGOS

FLORES DEL CAMPO